

Sara GÓMEZ ALONSO

---

EL GRAN JUEGO: LA GUERRA SECRETA POR EL  
CONTROL DE ASIA CENTRAL (1836-1919)

*Trabajo de Fin de Carrera  
dirigido por  
Juan Francisco CORONA RAMÓN*

*Universitat Abat Oliba CEU  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
Licenciatura en Ciencias Políticas*

---

2013



*“Al éxito y al fracaso, esos dos impostores, trátalos siempre con la misma  
indiferencia”*

**Rudyard Kipling**



## Resumen

Durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, Asia Central sufrió de primera mano la rivalidad entre las dos mayores potencias europeas del momento: Inglaterra y Rusia. Este enfrentamiento fue bautizado por sus propios participantes con el nombre de *El Gran Juego*. A diferencia de otras luchas históricas previas, el *Gran Juego* no se resumió en una guerra, sino en un cúmulo de ellas, que se sucedieron a lo largo del tiempo en distintos territorios del centro del continente asiático y a las que acompañaron acciones diplomáticas igualmente numerosas.

Pese a la extensión del conflicto, Afganistán se erigió como el punto clave más relevante en torno al que el Imperio ruso y el británico desarrollaron sus intrigas. Los dos poderes europeos, con sus respectivos objetivos en mente, no dudaron en llevar a cabo uno de los mayores despliegues estratégicos jamás visto en la zona, valiéndose, además de sus efectivos, de los habitantes asiáticos como peones en el tablero de su juego y marcando profundamente el futuro de las naciones centroasiáticas, así como sentando un precedente en el modo de hacer la guerra donde la victoria de una facción sobre otra nunca estaría clara.

## Resum

*Durant el segle XIX i les primeres dècades del XX, Àsia Central va patir de primera mà la rivalitat entre les dues grans potències europees del moment: Anglaterra i Rússia. Aquest enfrontament va ser batejat pels seus propis participants amb el nom d'El Gran Joc. A diferència d'altres lluites històriques prèvies, el Gran Joc no es va resumir en una guerra, sinó en un cúmulo d'elles, que es van succeir al llarg del temps en diferents territoris del centre del continent asiàtic i a les que van acompanyar accions diplomàtiques igualment nombroses.*

*Tot i l'extensió del conflicte, Afganistan es va erigir com el punt clau més rellevant al voltant del qual l'Imperi rus i el britànic van desenvolupar les seves intrigues. Els dos poders europeus, amb els seus respectius objectius en ment, no van dubtar a dur a terme un dels majors desplegaments estratègics mai vist a la zona, valent-se, a més dels seus efectius, dels habitants asiàtics com peons al tauler del seu joc i marcant profundament el futur de les nacions centreasiàtiques, així com establint un precedent en la manera de fer la guerra on la victòria d'una facció sobre una altra mai estaria clara.*

## Abstract

*During the nineteenth century and the first decades of the twentieth century, Central Asia experienced firsthand the rivalry between the two major European powers of the time: England and Russia. This confrontation was baptized by its participants with the name of The Great Game. Unlike other previous historical struggles, the Great Game is not summed up in a war, but a cluster of them, that occurred over time in different*

*areas of the center of the Asian continent and were accompanied by diplomatic actions equally numerous.*

*Despite the extent of the conflict, Afghanistan emerged as the most important key point around which the Russian and the British Empires developed their intrigues. The two European powers, with their respective objectives in mind, did not hesitate to conduct a major strategic deployment ever seen in the area, using, in addition to their forces, Asian people as pawns in their game board and deeply marking the future of Central Asian nations, as well as setting a precedent in the way of warfare where the victory of one faction over another would never clear.*

### **Palabras claves / Keywords**

Afganistán – Asia Central – Gran Juego – Imperio ruso – Imperio británico – siglo XIX – Historia – India – colonialismo – Primera Guerra Anglo-Afgana.
--







## Sumario

Introducción .....	11
1. Contexto histórico .....	13
1.1 El ocaso de lo absoluto .....	13
1.2 Las oleadas revolucionarias .....	15
1.3 Los curiosos casos de Inglaterra y Rusia .....	18
2. Intereses británicos en Asia Central .....	21
2.1 Las teorías del atractivo económico colonial .....	21
2.2 Política e ideología como bases de la colonización .....	23
2.3 Naturaleza del gobierno británico en la India .....	25
3. Intereses rusos en Asia Central .....	26
3.1 El particular carácter ruso .....	27
3.2 El interés por Asia Central a la luz de la cronología de los zares .....	29
3.3 Intereses concretos sobre la India .....	31
4. El Gran Juego .....	34
4.1 Una aproximación sobre Afganistán .....	35
4.2 El gobierno de Dost Mohamed y la frontera noroeste .....	38
4.3 La Primera Guerra Anglo-Afgana .....	42
4.4 Las nefastas consecuencias para el Imperio británico .....	48
4.5 Una turbia época de entreguerras .....	50
4.6 La Segunda Guerra Anglo-Afgana .....	56
4.7 Acontecimientos posteriores a 1881 .....	60
4.8 La Tercera Guerra Anglo-Afgana .....	63
Conclusiones .....	65
Bibliografía .....	69



## Introducción

El presente trabajo tiene como objeto el estudio del *Gran Juego*, el conflicto bélico y diplomático que enfrentó a dos grandes imperios, el ruso y el británico, a lo largo de todo el siglo XIX por el control de Asia Central. La perspectiva adoptada a tal efecto es la de un análisis geopolítico del acontecimiento histórico. Con la adopción de esta estrategia de estudio se busca, en primer lugar, evaluar en qué medida fueron los rusos o los británicos quienes salieron vencedores de las contiendas; en segundo lugar, se quiere demostrar que el modo en que ambas potencias utilizaron a las naciones de Asia Central durante el conflicto marcó profundamente el carácter posterior de sus gobiernos y habitantes, y finalmente, evidenciar que el Gran Juego sentó un precedente en un tipo de enfrentamiento que sería imitado en el siglo XX.

Dada la complejidad y extensión del enfrentamiento anglo-ruso y con el fin de evitar una excesiva dispersión dentro del trabajo, ha sido necesario acotar el estudio del *Gran Juego* tanto temporal como espacialmente. Así, el análisis aquí expuesto se centra en los años que van de 1836 a 1919, los cuales comprenden las guerras más relevantes del momento. Del mismo modo, el espacio ha sido limitado a la investigación de lo sucedido sobre todo en las áreas de la India, Afganistán y la frontera que compartían ambos territorios donde actualmente se encuentra Pakistán. Con el objetivo de obtener un resultado lo más completo posible se ha recurrido a la consulta de una bibliografía compuesta tanto de fuentes primarias de la época como de fuentes secundarias.

Por último, para facilitar la lectura de todos los datos recogidos, se ha dividido el trabajo en cuatro epígrafes. El primero de ellos desarrolla el contexto histórico con el que se inició el siglo XIX para orientar al lector y contribuir a que se forme una imagen mental del baile de naciones previo al *Gran Juego*. En el epígrafe se recogen los cambios en los sistemas de gobierno de las grandes potencias europeas, influidos por las ideas liberales fruto de la Revolución Francesa; las oleadas revolucionarias más significativas que sacudieron el continente europeo, y una visión general de los escenarios británico y ruso.

Los epígrafes dos y tres se corresponden con los intereses británicos y rusos en Asia Central respectivamente, y pretenden sentar las bases de lo sucedido entre los dos contendientes en el área estudiada. Particularmente, el caso inglés será estudiado a la luz de las justificaciones económicas, políticas e ideológicas que

llevaron a este imperio a encabezar el movimiento colonizador en Asia y, también, de los efectos de su forma de gobierno sobre la India. Por otro lado, se analizará cómo los intereses de Rusia sobre el territorio en el que se desplegó el *Gran Juego* estaban extremadamente marcados por el carácter de su pueblo, forjado por una convulsa historia alejada del devenir del resto de Europa; por la sucesión de gobernantes y sus particulares visiones de conquista, y por la obsesión de conseguir alcanzar la península del Hindostán. Tanto las justificaciones británicas como las rusas vienen desplegadas en sus correspondientes subepígrafes en el orden aquí mencionado.

El cuerpo central del presente trabajo lo encontramos en el cuarto epígrafe, donde se abordan y detallan los hechos históricos más relevantes del *Gran Juego*. Es el apartado más extenso y su desarrollo sigue la cronología histórica de las tres guerras anglo-afganas que se sucedieron a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Más allá de las cifras y los particulares de cada conflicto, el análisis geopolítico se centra en los movimientos estratégicos -militares, políticos y diplomáticos- que los dos imperios contrarios y los pueblos asiáticos involucrados pusieron en marcha.

Es este el momento adecuado para expresar que el presente documento no hubiera sido posible sin el entusiasmo del Dr. Juan Corona, quien desde el primer momento supo transmitirme la ilusión por el reto de estudiar y analizar lo acontecido durante el *Gran Juego*. Han sido sus pertinentes indicaciones y comentarios los que me han proporcionado desde el primer día las pautas adecuadas para desarrollar este trabajo de fin de carrera hasta alcanzar las conclusiones del mismo. Del mismo modo, quiero agradecer a mi madre Montse y a mi padre Emilio la confianza y el apoyo incondicional que me han brindado, imprescindibles para buscar la superación diaria.

## 1. Contexto histórico

Si por algo es recordado el siglo en el que transcurren los acontecimientos del *Gran Juego* que nos incumben en el presente trabajo es por los innumerables movimientos políticos, sociales, económicos y culturales que sacudieron el mundo entonces conocido. El siglo XIX es el siglo de los cambios. Europa, en aquel momento sede de las mayores potencias internacionales, entre ellas Inglaterra y Rusia, nuestras protagonistas, fue testigo del nacimiento de nuevas corrientes de pensamiento que motivaron levantamientos tanto pacíficos como violentos a lo largo y ancho del continente. Los ecos de los *ismos* –liberalismo, nacionalismo, positivismo, imperialismo, socialismo...– no sólo resonaron por las calles de las capitales europeas, sino que se extendieron, obra principalmente de las colonizaciones, a territorios que apenas empezaban a descubrir su propia identidad.

La Revolución Francesa de 1789 y sus provocadoras ideas fueron la chispa que inflamó los ánimos de los pueblos europeos. A lo largo del siglo XIX, sobre todo durante la primera mitad del mismo, las revueltas no dejaron indiferente a ninguno de los estratos sociales, que se vieron afectados de forma diferente en función de la zona geográfica y su mayor o menor capacidad de adaptación. Por otro lado, el siglo XIX fue también la era dorada de los exploradores, dispuestos a desvelar los secretos naturales del planeta y a dar a conocer al mundo occidental la existencia de civilizaciones aisladas y ancladas en el pasado.

Finalmente, esta convulsa época sirvió para poner en marcha las bases de una maquinaria política aún hoy vigente en la parte más industrializada del mundo: la democracia. Apoyado y promovido por la clase media burguesa en auge, este sistema de gobierno pasaría a ser la alternativa más frecuentemente adoptada tras liberarse del absolutismo de las monarquías europeas. A partir de entonces las disputas en los países embrionariamente democráticos se centrarían, por ejemplo, en la creación de partidos políticos, en decidir el tipo de sufragio utilizado en las elecciones o las funciones del gobierno.

### 1.1 *El ocaso de lo absoluto*

Se podría decir que en realidad el siglo XIX empezó el 18 de junio de 1815, con la derrota definitiva de Napoleón Bonaparte en Waterloo. La Séptima Coalición, bajo la

que se unieron Gran Bretaña, Rusia, Prusia y Austria como principales potencias<sup>1</sup>, consiguió poner punto y final a las Guerras Napoleónicas (1792-1815), el proyecto personal de conquista europea del gobernante francés. Sin embargo, las ideas revolucionarias que sus invasiones ayudaron a expandir no pasaron desapercibidas, hiriendo de muerte a las monarquías absolutas.

Esta fue la primera consecuencia directa de las acciones de Napoleón e inmediatamente los afectados se reunieron para acordar una vuelta al modelo pre-revolucionario, el llamado Antiguo Régimen, y adoptar de nuevo las fronteras de 1792. Así pues, durante el mismo año de la batalla de Waterloo se desarrolló el Congreso de Viena, una serie de conversaciones en las que participaron los artífices de la caída de Napoleón; unas discusiones que, en realidad, no podrían recomponer la fractura ideológica entre el pasado monárquico y las promesas revolucionarias de igualdad ante la ley. Sin embargo, gobernantes, ministros y representantes de las principales potencias del continente creyeron tener aún la capacidad de imponerse y en sus encuentros multilaterales recompusieron el mapa de Europa siempre siguiendo tres principios aplicables a todos por igual.

En primer lugar, se aceptó un principio de legitimidad, por el que se afirmaba que las naciones eran propiedad de sus príncipes. Así, por ejemplo, en artículo primero del Acta del Congreso ya se habla de que el ducado de Varsovia “será ligado irrevocablemente a él [al imperio de Rusia] por su constitución, para ser *poseído* por su Majestad el emperador de todas las Rusias, sus herederos y sucesores perpetuamente”<sup>2</sup>. Los territorios, según demuestra este precepto, eran propiedades de sus gobernantes y sólo podía reinar aquellos monarcas autorizados por la herencia o tradición; por ende, las gentes que en ellos habitaban no eran ciudadanos con derechos, sino súbditos sin voz ni voto para tomar decisiones.

Un segundo principio convenido fue el de intervención. La norma estipulaba que si en alguno de los países monárquicos se producía un estallido revolucionario que acabara deponiendo al rey, los países que firmaban el Acta del Congreso de Viena tendrían autoridad para intervenir en dicho país y restaurar el gobierno del monarca, bajo su perspectiva, legítimo. Con este objetivo nació la Santa Alianza, una

---

<sup>1</sup> La Séptima Coalición fue la alianza militar que, de forma apresurada, se formó en 1815 tras saberse que Napoleón Bonaparte había escapado de su exilio en Elba y regresaba a Francia.

<sup>2</sup> DEL CANTILLO, Alejandro. *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias estrajeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón*. Madrid: Imprenta de Alegría y Charlain, 1843. p. 749.

institución que, según palabras del príncipe regente de Inglaterra en 1817, “toma los preceptos de la religión cristiana por norte invariable de su conducta [...] para consolidar la unión que hubiera debido reinar siempre entre las naciones cristianas”<sup>3</sup>. El tratado fue firmado por los emperadores de Austria y Rusia y por el rey de Prusia el 14 de septiembre de 1815 y a continuación fue aceptado por casi todas las potencias de Europa.

El principio de equilibrio fue el tercer y último precepto contemplado en el Congreso de Viena. Esta norma se concretó con tal de evitar que una nación se impusiera por delante del resto, como fue el caso de Francia mientras Bonaparte gobernó su destino y el de sus habitantes. Con ello se pretendía igualar las fuerzas de todos los países. Si ninguno ejercía su hegemonía por encima de los demás, se pensaba que las guerras continentales por fin se extinguirían. Sin embargo, las partes contratantes obviaron que existen otros tipos de hegemonía aparte de la militar y, por ello, no pudieron evitar que en los años posteriores una nación se erigiera con total autoridad eclipsando a las naciones restantes a través, sobre todo, de la hegemonía económica e industrial. Hablamos de Inglaterra, la primera de nuestros protagonistas en el *Gran Juego*, y de su archiconocida Revolución Industrial, encargada de elevar al país a la categoría de potencia mundial.

### 1.2 *Las oleadas revolucionarias*

El Congreso de Viena fue un débil muro de contención contra el envite de las ideas revolucionarias, imbuídas del liberalismo de Locke o de doctrinas del siglo anterior como la de Montesquieu, quien ahondó la división de poderes, o la del contrato social de Rousseau. Ni reyes ni emperadores ni la Santa Alianza pudieron evitar la proliferación de movimientos liberales a lo largo y ancho del continente. Además de las ideas que atacan el conservadurismo, en esta época también empieza a desarrollarse la semilla del nacionalismo, latente desde el siglo XVII. Fueron precisamente las Guerras Napoleónicas las que provocaron que los países ocupados por Bonaparte reaccionaran contra el invasor francés y utilizaran sus diferentes identidades nacionales como estandarte de la cruzada anti-napoleónica. A partir de entonces, los primeros defensores de esta ideología buscarían la construcción de un estado-nación basado en la concepción romántica del pueblo entendido como una unión de individuos que otorga legitimidad política.

---

<sup>3</sup> *Op. Cit.* p. 785.

Durante la primera mitad del siglo XIX, estos intentos por modificar los anquilosados regímenes monárquicos se pueden agrupar en tres grandes oleadas que combinaron liberalismo y nacionalismo en diferentes proporciones, siempre dependiendo del área geográfica donde se produjera el conflicto. Cada oleada posee un conjunto de características comunes a todos los países en los que estalló y, a la vez, elementos diferenciadores que hacen de cada nación un caso peculiar.

El primer ciclo de revoluciones, el de la década de 1820, por ejemplo, se caracterizó por ser un movimiento iniciado por grupos más bien minoritarios, como sociedades secretas, intelectuales, funcionarios, comerciantes y militares, entre otros. Fue también una oleada que se expandió principalmente por los países europeos del sur y cercanos al Mediterráneo. Así, se vivieron estallidos revolucionarios en España, donde los Cien Mil Hijos de San Luis enviados por la Santa Alianza sofocaron la rebelión; en Portugal y en Italia, ésta última aún no unificada y compuesta de diferentes reinos. Sin embargo, tal y como sugiere David García en su *Historia Universal. XXI capítulos fundamentales*, en aquel momento “la realidad social no se ajustaba a la ideología revolucionaria”<sup>4</sup> y ello provocó el fracaso de los revolucionarios. No fracasó Grecia, que consiguió independizarse del dominio turco nueve años más tarde de levantarse en armas en 1821. Fue un acontecimiento que, aunque aislado, nos interesa especialmente porque enfrentó a Inglaterra y Rusia, sumando un motivo más a la lista que razones de enemistad entre las dos potencias. En este caso Inglaterra se inclinó por unirse a Francia y apoyar a los griegos con tal de detener las aspiraciones rusas de alcanzar el Mediterráneo a través de los Balcanes.

La lenta pero imparable implantación del Nuevo Régimen, sobre todo del nuevo orden político y económico, trajo consigo el crecimiento de la burguesía, que sería la clase social encargada de liderar la oleada de revoluciones de 1830. Los problemas surgieron en Francia, donde el intento de Carlos X de restaurar la monarquía absoluta provocó su caída y con él, la de la dinastía borbónica, ya que los burgueses pusieron en el trono a Luis Felipe de Orleans, apodado el rey burgués en parte por la gran influencia que ejercía este estamento sobre sus funciones como monarca. En esta década se puede apreciar el distinto uso del liberalismo o del nacionalismo como estandartes de las revueltas. Mientras que en Francia la revolución estaba orientada a reivindicar los principios liberales, otros pueblos escogieron la vía

---

<sup>4</sup> GARCÍA HERNÁN, David. *Historia Universal: XXI capítulos fundamentales*. Madrid: Sílex, 2007. p. 645.



nacionalista, como Bélgica. Los belgas se rebelaron contra la unión artificial con Holanda bajo el mandato de los Orange y rápidamente, al igual que ocurrió antes en Grecia, las grandes potencias europeas escogieron el bando al que darían apoyo. De nuevo coinciden Inglaterra y Rusia en facciones enfrentadas; la primera apoyó a Bélgica -los holandeses eran los principales competidores de Inglaterra en el ámbito comercial-, mientras que la segunda ayudó a Holanda. Sin embargo los rusos pronto se tuvieron que ocupar de sus propios asuntos porque Polonia, cuyo territorio se encontraba en gran parte bajo dominio del zar, también protagonizó un levantamiento nacionalista. La oleada de 1830 se saldó con los triunfos revolucionarios de Francia y Bélgica pero con el estrepitoso fracaso de los intentos de sublevación en Europa central -Alemania e Italia- y oriental -Polonia-.

Pasados diez años, los cambios liberales conseguidos en 1830 se habían prácticamente evaporado, fruto de un nuevo predominio conservador. El descontento por la acumulación de malas cosechas y otros factores económicos y sociales desencadenaron el último ciclo de revoluciones en 1848. Similar a la de la década anterior, esta nueva oleada presentaba sus propias características diferenciadoras, que se pueden resumir en un carácter exclusivamente urbano y la participación de la clase social obrera o proletariado. David García encuentra que se produjo también un cambio en el tipo de ideales o principios defendidos de una década a otra:

Mientras que las revoluciones del 30 propugnaban ideales políticos liberales (y no era difícil reunir un conglomerado de fuerzas sociales y políticas muy diverso), las del 48, con el sufragio universal como principal bandera, hacían lo mismo con los principios democráticos. Unos ideales, estos últimos, que asustan, por el cariz excesivamente social que están tomando los acontecimientos, a la burguesía, que prefiere, entonces, ir de la mano con los sectores sociales dirigentes tradicionales.<sup>5</sup>

El carácter social de esta última oleada asustó a la burguesía, que prefería continuar con el modelo de sufragio censitario para que sólo los que alcanzaran determinados niveles de renta o de cultura pudieran votar. Esta perspectiva chocaba de forma evidente con la de las masas de clase más baja que abogaban por instaurar el sufragio universal. Como un efecto dominó -cuya coordinación hizo sospechar a muchos gobernantes de un complot a escala europea-, las revueltas se sucedieron una tras otra por el continente, y tal y como sucedió en la década de los 30, se pueden diferenciar dos modelos: el francés, en el que no hay componente

---

<sup>5</sup> *Op. Cit.* p. 654.

nacionalista, y el centro europeo, en el que sí se aprecia claramente. Durante esta última revuelta las diferencias entre los defensores del liberalismo crecen. A partir de entonces, cada grupo escogerá un principio a defender por encima de otro; banqueros, comerciantes y otros colectivos de la burguesía optarán por la libertad, mientras que la clase obrera se aferrará a la igualdad como adalid de sus reivindicaciones.

### 1.3 Los curiosos casos de Inglaterra y Rusia

Analizando todos los ciclos revolucionarios en Europa, ya fueran estallidos fracasados o ejemplos de éxito, se hace evidente que los países de ningún modo podían volver al pasado y pretender ignorar lo sucedido. En gran parte del continente estas oleadas se saldaron con derramamientos de sangre o actuaciones violentas. Sin embargo observamos dos territorios situados en la periferia del continente europeo donde los movimientos revolucionarios no siguieron el patrón esperado. Son además dos casos totalmente opuestos en su forma de actuación y que, precisamente, se enfrentan repetidamente en los campos de batalla a lo largo del siglo XIX, tanto fuera como dentro del *Gran Juego*. Hablamos, por un lado, de Inglaterra, que supo aprobar los cambios liberales y las transformaciones por procedimientos no violentos y, por otro lado, de Rusia, su *némesis*, que apenas aplicó alguno de los avances hacia la democracia y permaneció anclada en el sistema del Antiguo Régimen mucho más tiempo que cualquier otra nación europea.

La Inglaterra del siglo de las revoluciones supo en prácticamente todo momento escoger el bando ganador en cualquier conflicto. Así hemos visto que la derrota de Napoleón fue en gran parte obra suya, y más adelante ayudó a los griegos a independizarse del Imperio turco, a Bélgica a separarse de Holanda y a Egipto en la guerra turcoegipcia. Puede que sobre el papel de los tratados las potencias europeas intentaran acordar un equilibrio, pero en la práctica la hegemonía de Inglaterra estaba más que demostrada y su imperio pasó a ocupar el puesto de honor que Francia sostuvo durante el siglo XVIII, quien a su vez había desbancado a la España del XVII. Los ciclos revolucionarios planearon sobre la isla, pero Gran Bretaña supo en todo momento aplicar las reformas necesarias y “alcanzó así la plenitud del Nuevo Régimen sin saltos ni convulsiones políticas”<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> COMELLAS, José Luis. *Historia breve del Mundo Contemporáneo: 1776-1945*. 3ª ed. Madrid: Rialp, 2002. p. 128.

La cuna de la Revolución Industrial se aprovechó de los avances tecnológicos de la época para desarrollar una potente industria centrada en el aumento de la productividad y en la comercialización de productos manufacturados. “Ante el desarrollo creciente del comercio”, explica David García, “hubo países, como Francia y Alemania, que prefirieron llevar a cabo tradicionales políticas proteccionistas para salvaguardar, entre otras cosas, su producción agrícola. Otros, como Gran Bretaña, prefirieron casi siempre optar por el libremercado”<sup>7</sup>. La reducción de aranceles exteriores, los movimientos de capitales, la importación de materias primas y la exportación de productos manufacturados otorgó a la nación inglesa una ventaja clara sobre las demás en los intercambios comerciales. José Luis Comellas lo describe del siguiente modo:

El secreto de la delantera que los ingleses sacaron a los continentales estriba no solo en la iniciativa de los fabricantes, que supieron inventar máquinas cada vez más ingeniosas, sino en su facilidad para obtener créditos o la presencia de mecenas o socios capitalistas que ayudaron a los inventores con los medios necesarios para poner en práctica sus ideas.<sup>8</sup>

Las Guerras Napoleónicas, que a primera vista parecieron perjudicar a la isla por el bloqueo continental, obligaron a Inglaterra a buscar mercados fuera de Europa y expandir su horizonte comercial. He aquí la clave fundamental del éxito y prosperidad ingleses: “el dominio absoluto de los mares”<sup>9</sup>, asegura Comellas. Y con ese dominio, la Compañía Británica de las Indias Orientales fue poco a poco estableciendo sus bases en la India e imponiendo un sistema de administración, primero comercial y más tarde civil. La India, *la joya de la corona*, nació como colonia comercial y a lo largo del siglo XIX se convirtió en un intrincado rompecabezas para los sucesivos gobiernos de la metrópolis.

La historia de Rusia podría calificarse como diametralmente opuesta. Mientras que en el resto de potencias europeas se exigían reformas en las calles, Rusia permanecía anclada en un sistema feudal. “Nueve décimas partes de la población eran siervos, ya del zar, ya de los poderosos nobles, dueños de territorios inmensos”<sup>10</sup>, explica el historiador José Luis Comellas y añade: “Estos siervos

---

<sup>7</sup> GARCÍA HERNÁN, David. *Historia Universal: XXI capítulos fundamentales*. Madrid: Sílex, 2007. p. 588.

<sup>8</sup> COMELLAS, José Luis. *Historia breve del Mundo Contemporáneo: 1776-1945*. 3ª ed. Madrid: Rialp, 2002. p. 98.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> *Op. Cit.* p. 171.

estaban obligados todavía a prestación personal a su señor, y no tenían libertad para desplazarse”<sup>11</sup>. En una población en la que abundaba la clase pobre y analfabeta se hacía imposible iniciar un proceso de reformas como el que vivía el resto de Europa. Esta estratificación tan extrema durante el reinado de Alejandro I (1801-1825) entre nobleza terrateniente y campesinado y la presencia de una débil clase media incapaz de ejercer de colchón entre ambas constituyó la principal debilidad de Rusia.

La muerte de Alejandro I y la subida al trono de su hermano Nicolás en 1825 coincidió con un primer intento revolucionario: el movimiento *decembrista*. Las protestas, iniciadas por clubs de jóvenes oficiales rusos, pretendían modernizar el país y seguir los modelos revolucionarios europeos como el español o el francés. Sus propuestas fueron acogidas con gran entusiasmo por los estamentos más humildes y ello supuso el fin del movimiento, asegura Enrique Biezobas, ya que “esta unión entre la tropa y las clases populares asustó a los jefes revolucionarios que desaparecieron”<sup>12</sup>. La represión no se hizo esperar y de esta acción revolucionaria surgió una reacción conservadora por parte de Nicolás I que puede apreciarse, por ejemplo, en las políticas económicas del país. El ministro de finanzas del zar propuso que fuera el Estado -mayor propietario de la poca industria existente y de las fuentes de recursos naturales- quien impulsara la industrialización con una inyección de inversiones. Sin embargo, Nicolás I, “huyendo de todo lo que sonase a revolución, se limitó a dictar medidas proteccionistas hasta que fue necesario abrir las fronteras a los nuevos productos que la mecanización naciente necesitaba”<sup>13</sup>. Así, mientras en el otro extremo del continente Inglaterra optaba por la expansión territorial basada en el avance de su economía librecambista, “el expansionismo ruso fue producto de decisiones políticas y no económicas”<sup>14</sup>.

Estos sucesos son reflejo de las fuertes contradicciones dentro del Imperio Ruso de la primera mitad del siglo XIX; quiso disfrazar de gran potencia sus acciones exteriores, tal y como reflejan los conflictos bélicos en los que tomó parte, pero a la vez mantuvo una organización interna del Estado que imposibilitó su equiparación con otras potencias europeas debido a la reticencia a aceptar reformas liberales.

---

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> BIENZOBAS, Enrique. *Rusia en el siglo XIX. Volumen 12 de Historia del mundo contemporáneo*. 2ª ed. Madrid: Ediciones Akal, 1994. p. 13.

<sup>13</sup> *Op. Cit.* p. 15.

<sup>14</sup> *Op. Cit.* p. 7.

## 2. Intereses británicos en Asia Central

La caída de Napoleón y de la hegemonía francesa fue el trampolín ideal para el Imperio británico, que creció a expensas de todo lo que los franceses no consiguieron cohesionar bajo su influencia. Desde ese momento, el siglo XIX se convirtió en una época muy favorable a los intereses de la corona inglesa, de sus empresarios encumbrados por la revolución industrial y de las aspiraciones que sostenían o empezaban a buscar más allá de las fronteras de la isla. Inversiones de capital, comercio de materias primas o prestigio internacional, entre muchas, fueron razones de suficiente peso para que las grandes potencias del mundo iniciaran una carrera por el reparto de los territorios más ricos del planeta y de aquellas tierras aún libres de la influencia de la civilización occidental.

En este capítulo nos interesan en especial las razones que llevaron al Imperio británico a sostener la India como una de sus más preciadas posesiones y a involucrarse mediante políticas ofensivas en conflictos territoriales a lo largo de las fronteras de las regiones de Asia central.

### 2.1 *Las teorías del atractivo económico colonial*

La limitación del comercio de esclavos a lo largo de las primeras décadas del siglo XIX hizo que el interés por las colonias africanas, desde el punto de vista inglés, disminuyera. Así, el Imperio británico, con su característica “actividad industrial, sin competencia posible, y el dominio de los mares”<sup>15</sup>, fijó su atención en los nuevos mercados de América del Sur y Asia. Existen distintas teorías que justifican la colonización de territorios con el desarrollo de la economía como base. José Luis Comellas, por ejemplo, recoge dos de estas teorías económicas. La primera responde al paso de un sistema agrícola a uno industrial en gran parte del continente europeo, lo que provocó que los intercambios entre países ya no fueran tan favorables y que las políticas librecambistas sufrieran un giro hacia el proteccionismo con el fin de favorecer a las industrias de cada país. De ahí que las potencias iniciaran la extensión del comercio en mercados de terceros territorios alejados de la competencia europea.

---

<sup>15</sup> COMELLAS, José Luis. *Historia breve del Mundo Contemporáneo: 1776-1945*. 3ª ed. Madrid: Rialp, 2002. p. 128.

La otra teoría es la conocida y ampliamente citada búsqueda de materias primas. La nueva revolución industrial requería materiales que se empezaron a importar desde estos lejanos territorios para que, a continuación, las fábricas de la metrópolis se encargaran de sacar a la venta los productos manufacturados y comerciaran con ellos. Más tarde se demostraría que muchas de las colonias no eran rentables si se contemplaban desde el punto de vista de fuente de materias primas y algunas, como en el caso del Congo belga, tardarían décadas en amortizar los gastos en que se incurrió para mantenerlas.

En el caso de la India, la presencia del Imperio británico se remonta al siglo XVII, cuando la Compañía de las Indias Orientales, de iniciativa privada, fundó diversos asentamientos desde los que empezó a expandir sus intercambios comerciales. A lo largo del siglo compitió con las compañías holandesa, primero, y francesa después, y consiguió sostener el monopolio del comercio en la India hasta 1813. Veinte años más tarde la compañía dejó de ser un organismo comercial y asumió enteramente la administración colonial de la India<sup>16</sup>. El imperio inglés se dedicó a importar grandes cantidades de ricos materiales obtenidos en su colonia y se centró con especial interés en el cultivo del algodón, para las fábricas textiles, y del té. Sin embargo, las particulares políticas económicas y comerciales llevadas a cabo con el paso de las décadas consiguieron granjearle a Inglaterra numerosas críticas por parte de sus competidores europeos. Un observador civil francés de la época, Adolphe DuBois de Jancingny, en su *Historia de la India*, atacó a los ingleses y el sistema de colonización del que hacían gala:

Los Ingleses particularmente, creyendo que el dominio de los mares es una propiedad que les pertenece, y que las especulaciones que tienen por base la exportación ilimitada de sus productos es un derecho de que gozan, se maravillan, se alarman y hasta se ofenden de toda tentativa de concurso [...].<sup>17</sup>

Jancingny continuaba su crítica argumentando que Inglaterra había querido excluir de la carrera colonizadora de carácter comercial al resto de potencias:

[...] Pero mientras se han esforzado en fecundar los diversos elementos de sus riquezas territoriales, y en desarrollar los medios industriales y comerciales de su imperio, ha

---

<sup>16</sup> BOWEN, Huw V., LINCOLN, Margarete, RIGBY, Nigel. *The Worlds of the East India Company*. Woodbridge: The Boydell Press, 2002. p. 3.

<sup>17</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 110.

querido, mas que todo, y por su egoismo, escluir de esta obra venidera, el concurso de las demás naciones europeas, esquivando hasta la influencia política. Esto, a nuestro entender, es el vicio radical de su sistema [...].<sup>18</sup>

Existe otra teoría sostenida por numerosos historiadores que justifica la expansión colonial económica como una solución a la sobrepoblación que sufrieron las metrópolis de Europa con el inicio de siglo. Este aumento de la demografía se observa claramente ligado a la Revolución Industrial. El progreso económico que ésta trajo consigo, el mejor acceso a los productos de primera necesidad y el avance en medicina e higiene provocó un incremento importante de población que poco después desencadenó el éxodo hacia las ciudades, donde parecía que la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos era mayor que en el ámbito rural. El exceso de concentración humana ha llevado a este grupo de historiadores a justificar la colonización como medio para *desahogar* a las metrópolis europeas, algo que José Luis Comellas niega. Si de algo es señal este crecimiento, asegura el historiador español, es de “una extraordinaria vitalidad de Europa”<sup>19</sup> y él mismo menciona el siguiente grupo de factores de colonización: los políticos e ideológicos.

## 2.2 Política e ideología como bases de la colonización

Al margen del importante componente comercial del avance colonial inglés en Asia central y en especial en la India, se pueden observar otros motivos que empujaron a esta potencia a expandirse. Dentro de ellos encontramos, por ejemplo, fuertes razones políticas. Aunque en este caso la India no fuera propiamente imperio hasta 1877, ya que se encontraba bajo la administración la Compañía de las Indias Orientales, su pertenencia a poderes ingleses implicaba la consagración del Reino Unido como Gran Potencia europea. A su vez, la posesión de colonias significaba prestigio internacional frente al resto de naciones, aunque a ello viniera ligado un gran gasto de recursos. Es por ello, explica Comellas, que el concepto Gran Potencia quedó “reservado a los países de alto poderío económico y militar, y de reconocida capacidad de influjo mundial.”<sup>20</sup>

La condición de primera potencia mundial llevó a Inglaterra a defender su título frente a la Francia de Napoleón III, la Prusia del canciller Bismarck, una Austria con

---

<sup>18</sup> *Ibid.*

<sup>19</sup> COMELLAS, José Luis. *Historia breve del Mundo Contemporáneo: 1776-1945*. 3ª ed. Madrid: Rialp, 2002. p. 184.

<sup>20</sup> *Op. Cit.* p. 162.

gran diversidad de pueblos, los jóvenes Estados Unidos, el lejano Japón y, por supuesto, la Rusia zarista. En este baile de naciones, las colonias no sólo son símbolo de poderío, sino que, de ser bien escogidas, pueden ser puntos estratégicos vitales para el despliegue de tácticas políticas y diplomáticas que conviene controlar. La India, como Gibraltar o más tarde el protectorado de Egipto, se convirtió gracias a su posición destacada en el Océano Índico en una importante pieza del intrincado rompecabezas de enclaves mundiales que el Imperio inglés parecía coleccionar por todo el mundo.

A los motivos políticos que justificaban la posesión de la India como colonia, se les sumaron los argumentos ideológicos. El colonialismo surgió no sólo como solución a unas demandas económicas sino como “consecuencia final del nacionalismo y del imperialismo”<sup>21</sup>. El nacionalismo estaba detrás de las primeras señales de uniones de territorios bajo el mismo sentimiento de pertenencia a un pueblo, una misma cultura, una lengua compartida o la combinación de estos y más elementos juntos. Estos movimientos iniciados, por ejemplo, en la que sería la futura Alemania, “fortalecen la corriente de opinión de que sólo grandes naciones con *voluntad de poder* y capacitadas para la *lucha por la existencia* están predestinadas a ejercer la supremacía a costa de los *pueblos inferiores*”.<sup>22</sup>

Con esta mentalidad, no es difícil imaginar que el siguiente paso fuera establecer la fuerza militar como medio destacado para ejercer la *voluntad de poder* y la *lucha por la existencia* mencionadas. Inglaterra, como el resto de potencias, dedicó un importante esfuerzo al rearme, principalmente marítimo dado lo crucial que era el control de los mares. Este imperialismo resultante contiene a su vez un elemento de *conciencia de la misión*<sup>23</sup>, bajo la que una comunidad o raza, creyéndose en posesión de unos valores civilizados, pretende extender su poder sobre otras razas o pueblos que considera inferiores o incivilizados.

Con estos argumentos en mano, el Imperio británico se embarcó en la misión de exportar su visión occidental y allí donde llegó, al igual que sus competidores, desarrolló infraestructuras según sus intereses, transformó los pilares económicos de los territorios coloniales y explotó o transformó, según el punto de vista desde el

---

<sup>21</sup> COMELLAS, José Luis. *Historia breve del Mundo Contemporáneo: 1776-1945*. 3ª ed. Madrid: Rialp, 2002. p. 184.

<sup>22</sup> KINDER, Hermann, HILGEMANN, Werner, DIETERICH, Anton. *Atlas histórico mundial. Vol. II, De la Revolución francesa a nuestros días*. 7ª ed. Madrid: Istmo, 1978. p. 111.

<sup>23</sup> *Ibid.*



que se observen sus acciones, a los colonizados y sus tradiciones<sup>24</sup>. En la India, el anteponer sus intereses como metrópoli por encima de los de los habitantes locales le valdría más de un disgusto a lo largo de su ocupación durante el siglo XIX.

### 2.3 Naturaleza del gobierno británico en la India

El Imperio inglés evaluó sus intereses y, en la región asiática, la India fue la prioridad. Si bien nunca dejó de mirar más allá de las fronteras de este territorio tan codiciado en la época, el observador civil francés Adolphe DuBois de Jancingny, coetáneo de los sucesos que nos ocupan en el inmediato trabajo, se percató de que la política de los ingleses distaba de buscar la expansión directa más allá de la colonia india:

El gobierno inglés ha adoptado desde el origen, como principio fundamental de su política en el Hindostan, el no intervenir, ostensiblemente al menos en las relaciones de los vecinos de su territorio, sino en cuanto se ve á ello precisado por actos de hostilidad directa, ó por agresiones hechas á sus aliados.<sup>25</sup>

La gran extensión de la India justificaba de por sí una actuación en este sentido. Si bien es cierto que la Compañía de las Indias Orientales aspiraba, explica el propio Jancingny, a extender sus posesiones con tal de afianzar su monopolio y aumentar las rentas y la influencia política<sup>26</sup>, lo hizo siempre dentro de las fronteras del Hindostán, cuyo territorio ya era suficiente desafío a controlar. El observador francés amplía su explicación sobre el sistema de gobierno inglés y opina que la extensión de su dominación se hizo por “medios complicados, y (fue) desarrollado por medio de causas imprevistas las más veces”<sup>27</sup>. Una de las causas de este engrandecimiento problemático la encuentra el francés en la gran distancia que separaba a la Compañía de la metrópoli europea, lo que propiciaba que las comunicaciones fueran lentas y arduas y que, en consecuencia, fueran los gobiernos delegados de la propia península india los que tomaran las decisiones de manera relativamente independiente<sup>28</sup>. Después, no se puede olvidar tampoco que la política seguida por el Imperio inglés estuvo también ligada a los hombres que se fueron sucediendo en “la administración de los negocios civiles, políticos y militares de la

---

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 22

<sup>26</sup> *Op. Cit.* p. 37

<sup>27</sup> *Ibid.*

<sup>28</sup> *Ibid.*

Compañía”<sup>29</sup>, cada uno con su particular visión de qué era lo correcto y cómo debían implementarse las decisiones.

Fuera de la India, Inglaterra se preocupó por la próxima influencia persa, sobre todo cuando esta nación se interesó por su vecina Afganistán. Parte de la política de no intervención de los ingleses llevaba un componente de acción y tácticas diplomáticas destinadas a generar alrededor de la India un perímetro de seguridad con estados tapón, del que precisamente formaba parte Afganistán. De ahí que cualquier amenaza sobre este territorio fuera en cierta manera una amenaza sobre la colonia india. Si a ello le sumamos la amistad que unía a Persia y Rusia, la preocupación inglesa era comprensible. Por último, es interesante girar la cabeza hacia el otro lado, hacia China, y mencionar que el suyo fue un territorio que no pudo ser ocupado y gestionado en su totalidad como una colonia controlada por alguna potencia occidental. Su gran extensión y el hecho de que contara con una organización política y administrativa desde hacía siglos bien cimentadas obligó a los europeos a pactar comercialmente con esta nación y renunciar a casi todas las aspiraciones de control y dominación sobre ella.

### **3. Intereses rusos en Asia Central**

Durante los más de cuarenta años en los que sostuvo el gobierno del vasto Imperio ruso, Pedro I el Grande (1672-1725) asumió como principal tarea la modernización del mismo. A finales del siglo XVII occidentalizarse implicaba mirar a las monarquías absolutas del continente como modelos a imitar: la estructura política, social, los valores culturales y, por supuesto, los intereses más allá de sus fronteras. Desde el inicio del mismo siglo, el reino de Inglaterra dio permiso a la Compañía Británica de las Indias Orientales para ejercer el comercio exclusivo en la zona de la India. El zar ruso observó cómo la influencia británica se extendía sin descanso, eliminando poco a poco la competencia holandesa y francesa en un cómico paralelismo con lo que sucedía en el continente europeo y no tardó en sacar conclusiones: “«Debe mantenerse el Imperio en continuo estado de guerra [...]; el comercio de la India es el comercio del mundo; el que disponga de él exclusivamente es dueño de Europa».”<sup>30</sup>

---

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 111.

Esta es una de las primeras referencias que se tienen del interés ruso por la India. A partir de entonces la India ya no sería únicamente un territorio rico en recursos y propenso al comercio, sino un símbolo cuya posesión otorgaba a su poseedor la llave del poder en Asia, pero también en Europa y, en consecuencia, en todo el mundo occidentalizado. Asia Central ocupó las políticas de la mayoría de los sucesores de Pedro I en el trono, quienes quisieron extender por ella su hegemonía, siempre desde la peculiar óptica del carácter ruso.

### 3.1 *El particular carácter ruso*

Para comprender las decisiones de Rusia uno primero debe percatarse de que su trayectoria histórica no ha sido la misma que la del resto de Europa. Entre muchos factores, su situación geográfica y su elección religiosa han provocado continuamente conflictos de identidad. Por su ubicación física, es difícil establecer una definición sobre si Rusia es Europa o no; tradicionalmente los montes Urales marcaron la frontera: al oeste de la barrera estaba Europa, pero la extensión de país que queda hacia el este es mucho mayor que la primera y pertenece a Asia. En cuanto a la religión, la falta de raíces clásicas griegas y romanas provocó que los rusos se inclinaron por un concepto de Cristianidad que derivó en la Iglesia ortodoxa y en mayores problemas de definición, como explica el profesor emérito de Historia en Harvard Richard Pipes:

Consideraban al Cristianismo ruso como más puro dado que no estaba contaminado por la cultura clásica. El efecto que tuvo esto fue muy profundo ya que los rusos se encontraron, y aún hoy se encuentran, en una extraña situación; no saben muy bien a donde pertenecen. No pertenecen a Europa, [...] obviamente no pertenecen a Asia; no tienen mucho en común con los chinos o los indios.<sup>31</sup>

Las diferencias de carácter con el resto de Europa también salen a la luz en conceptos como el de la propiedad privada. “Rusia tenía gran abundancia de tierra”, analiza el académico, “que es una de las razones por las que la propiedad privada no se desarrolló allí, aparte de iniciativas zaristas, ya que los derechos de propiedad se desarrollan formal y legalmente en condiciones de escasez”<sup>32</sup>. En Occidente, donde existe cierta escasez de tierras, ocurrió precisamente lo contrario y los derechos de propiedad se desarrollaron con rapidez porque los monarcas gobernaban, pero no eran propietarios de todas las tierras bajo su mandato. En

---

<sup>31</sup> PIPES, Richard E. Transcript of the lecture *Russia's Politics in the Light of Her History*. En: The Great Britain-Russia Society (2007: Londres, Reino Unido). p. 7.

<sup>32</sup> *Ibid.*

cambio, en Rusia, los zares gobernaban y a la vez eran propietarios, un concepto que el sociólogo Max Weber denominó *régimen patrimonial*<sup>33</sup>. Esta actitud se mantuvo hasta el siglo XIX, sostenida por una población de siervos sin apenas educación, e incluso después de la abolición de la servidumbre en 1861, seguiría vigente hasta principios del siglo XX.

Todas estas particularidades de la historia y tradición rusas conformaron un carácter nacional de no pertenencia a ningún bloque continental y, por lo tanto, todos aquellos que no fueran rusos se contemplaban como posibles amenazas a la seguridad del imperio. Pipes argumenta que esta creencia explica el desorbitante poder de los zares y su gobierno: “Se consideran rodeados de enemigos: [...] sienten que todo el mundo va a por ellos, por lo que necesitan un gobierno fuerte que les proteja. Y para conseguir esto, el gobierno no tiene por qué obedecer leyes – tiene que protegerte de los demás”<sup>34</sup>. He aquí también la explicación de la belicosidad del pueblo ruso: su necesidad de seguridad y de protección contra quienes no son rusos, olvidando que su propio gobierno podía convertirse en su enemigo.

En la Europa occidental, el resto de potencias fueron testigo de este comportamiento a lo largo de los siglos y, por supuesto, también en el que nos ocupa prioritariamente: el siglo XIX. Así, Lord Palmerston, por ejemplo, durante la primera época en la que ejerció como Secretario de Estado de Asuntos Exteriores del Imperio británico desde 1830, tuvo oportunidad de formarse una opinión personal sobre la agresividad de Rusia en la guerra de independencia de Grecia contra el Imperio turco, la cual reunió a ambas potencias en el mismo escenario, y reprobar el uso que hacía de ella :

Para Rusia, la conquista es una ocupación tan continua y familiar como lo es para el jornalero el ganarse el pan de cada día. Para este fin, el engaño automático practicado sobre los Poderes de Europa y de Asia ha sido la fuerza en la que podía confiar; pero los poderosos medios agresivos eran exigentes incluso para los propósitos de ese engaño.<sup>35</sup>

A modo de apunte final sobre la particularidad rusa, el historiador Richard Pipes resume la esencia de su carácter en las últimas líneas de la conferencia a los

---

<sup>33</sup> *Ibid.*

<sup>34</sup> *Op. Cit.* p. 9.

<sup>35</sup> URQUHART, David, TEMPLE PALMERSTON, Viscount Henry John. *Diplomatic transactions in Central Asia, from 1834 to 1839*. London: T. Brettel, 1841. p. 3.

miembros de la *The Great Britain-Russia Society* que pronunció el 16 de octubre de 2007: “La noción de ser un gran poder es enormemente importante para los rusos”<sup>36</sup>. Y esta es una noción que sin duda acompañó a los intereses de Rusia en Asia Central siglo tras siglo, mientras se sucedían los gobiernos de los zares.

### 3.2 *El interés por Asia Central a la luz de la cronología de los zares*

La distancia respecto a Asia Central, que para el Imperio británico supuso un gran inconveniente en las comunicaciones y en la gestión de sus políticas, fue para Rusia su mayor ventaja. A primera vista, esta proximidad con los territorios asiáticos le proporcionaba una oportunidad comercial inmejorable. Pero contra todo pronóstico, el comercio ruso en la zona no se dio hasta acabado el siglo XVII por la existencias de trabas ineludibles, la principal de ellas descrita por el observador civil francés Adolphe DuBois de Jancingny en su obra de mitad del siglo XIX:

La Rusia, por su situación jeográfica, de entre todos los Estados del continente, es la que parece destinada mas particularmente a servir de deposito al comercio de Europa con el Asia central. El principal obstáculo que se opone al desarrollo de este comercio, es la insaciabilidad de las tribus asiáticas, limítrofes de la Rusia. Esta potencia tiene un interés en hacer [...] que se cambie tal estado de cosas, por las cuales sufre actualmente y son una traba á su mismo porvenir. De ahí nacen sus tentativas por lograr estender sus comunicaciones con los países situados oriente del mar Caspio.<sup>37</sup>

Las tribus asiáticas llevaban siglos desarrollando su propio comercio entre ellas y con territorios alejados del centro de Asia a través de multitud de rutas, entre ellas la conocida como ruta de la seda, y todo ello antes de que los rusos empezaran a mostrar interés por la expansión comercial. Para ilustrar este punto, Seymour Becker explica en *Russia's protectorates in Central Asia* que el comercio era la mayor preocupación de las embajadas en Asia Central en el siglo XVII, sobre todo las de Bujara y Jiva, cuyos “mercaderes mantenían un comercio activo, llevando sus bienes a Astrakhan, Samara, Nizhnii Novgorod, Iaroslavl, y hasta el propio Moscú. Sin embargo, casi ningún mercader ruso comerciaba en Asia Central”<sup>38</sup>. La principal razón de que los rusos hubieran estado excluidos de participación, analiza este

---

<sup>36</sup> PIPES, Richard E. Transcript of the lecture *Russia's Politics in the Light of Her History*. En: *The Great Britain-Russia Society* (2007: Londres, Reino Unido). p. 9.

<sup>37</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 103.

<sup>38</sup> BECKER, Seymour. *Russia's Protectorates in Central Asia: Bukhara and Khiva, 1865-1924 Volumen 54 de Russian Research Center studies. Central Asian Studies Series, 5*. London: Psychology Press, 2004. p. 9.

especialista en su historia, es que “Bujara y Jiva eran extremadamente desconfiadas con los extranjeros, particularmente los no-musulmanes, y los mercaderes de Asia Central guardaban celosamente su monopolio del comercio rentable hacia Rusia.”<sup>39</sup>

Así pues, el siglo XVII transcurrió sin que los rusos pudieran establecer por su cuenta relaciones comerciales en la zona. Sin embargo, ello no impidió que realizaran los primeros pasos con este propósito. Así, en este mismo siglo, sus mayores preocupaciones fueron dos: “liberar esclavos rusos (la mayoría pescadores y comerciantes capturados por asaltantes kazajos y turcomanos cerca del Mar Caspio y vendidos como esclavos en Jiva y Bujara) y, después de la mitad del siglo, recoger información acerca de las rutas comerciales hacia la India”<sup>40</sup>. A finales de siglo esta situación tomó un giro inesperado. La llegada de Pedro I el Grande al poder, cuyo reinado en la práctica duraría aproximadamente desde 1689 hasta su muerte en 1725, marcó un antes y un después en el carácter de las relaciones de Rusia con Asia Central. El plan del zar contemplaba aprovechar cualquier situación de conflicto que surgiera en los entonces khanatos<sup>41</sup> de Bujara y Jiva para convertirlos en territorios dependientes de Rusia con el último propósito de abrir una ruta de comercio ruso hacia la India a través de Asia Central<sup>42</sup>.

Naturalmente, los intereses de Rusia en esta zona fueron también de carácter político y estratégico. El control de los mares formaba parte de las fortalezas de las potencias europeas francesa, holandesa y, sobre todo, británica, y Rusia no podía sino sentirse desplazada de la política internacional al tener como única salida marítima asegurada las aguas situadas al norte del país, cuyo estado de congelación durante gran parte del año impide aún cualquier intento de tráfico naval. Por esta razón, la salida al mar se convirtió en una de sus mayores obsesiones y motivaría la expansión rusa en muchas direcciones, primero hacia el mar Báltico y occidente y más tarde, en el siglo XVIII, hacia los Balcanes y el mar Negro. Los fracasos de todos estos avances justifican la decisión del gobierno ruso de iniciar una tercer vía de expansión por Asia para buscar “en el lejano Oriente la deseada salida al mar *libre y cálido*”.<sup>43</sup>

---

<sup>39</sup> *Ibid.*

<sup>40</sup> *Ibid.*

<sup>41</sup> Territorio bajo el mando de un jefe tribal o khan. Es una denominación que proviene de la tradición mongola y equivale a una suerte de principado.

<sup>42</sup> *Ibid.*

<sup>43</sup> VICENS VIVES, Jaume. *Tratado general de geopolítica*. Barcelona: Teide, 1956. p. 142.

Tras comprender el origen económico y político de la expansión de Rusia por tierras asiáticas, conviene realizar un salto temporal hasta el siglo XIX, la época que nos interesa en este trabajo, para analizar los movimientos que el Imperio de los zares realizó sobre Asia Central antes del estallido del *Gran Juego* en torno a 1838. El siglo se inició bajo el reinado de Pablo I (1796-1801), quien puso en marcha la expansión rusa por Asia Central hasta llegar a Jiva y al río Amu Daria al norte de Afganistán. No sólo no llegó a conformarse con este avance, sino que pactó con Napoleón en 1801 para enviar al general Orlov-Denisov al frente de su tropa de cosacos con la misión de ampliar lo que Pedro I el Grande inició un siglo antes: la elaboración de mapas y la obtención de información sobre la India, con la más que probable intención de utilizar todo ello en un ataque contra la colonia británica. Sin embargo la expedición se frustró cuando Pablo I fue asesinado y su hijo, Alejandro I, ascendió al trono pero se desentendió de Asia Central durante su reinado.

Se observa que el interés por la India ocupa un lugar destacado entre todas las zonas a las que Rusia prestó mayor atención en el centro de Asia. Como imperio, su anhelo era el de equipararse con la potencia que encabezaba la lista de las más poderosas, es decir, Gran Bretaña; y como medio para conseguirlo, pensó en arrebatarse a los británicos una de las posesiones que con mayor orgullo exhibían con la fuerza como principal instrumento. En palabras del coetáneo francés Jancingny: “La existencia del imperio ruso ha sido hasta ahora militar, y todavía lo será por algún tiempo. La Rusia necesita la guerra; si la Inglaterra le facilita un pretexto, no tardará en poner toda el Asia en conmoción.”<sup>44</sup> Así pues, según este razonamiento, Rusia sólo necesitaba ejercer la suficiente presión para incomodar a Gran Bretaña y que fuera ésta quien prendiera la chispa del conflicto. Los rusos sólo tenían que esperar y echar leña al fuego en el momento preciso.

### 3.3 *Intereses concretos sobre la India*

El gran debate abierto en tierras asiáticas durante el siglo XIX gira en torno a la pregunta de si Rusia tenía una intención clara de invadir la India para arrebatársela a los británicos. La respuesta es que, en efecto, algunos de sus gobernantes contemplaron la idea como factible e incluso pusieron en marcha la maquinaria militar a tal efecto. La rapidez de movilización de sus tropas es gracias a la fuerza de su gobierno; mientras que los avances liberales generaban luchas electorales y

---

<sup>44</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. Historia de la India. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 111.

debates de tribuna en las potencias europeas, retrasando decisiones que podían ser inmediatas, Rusia mantenía un sistema autocrático que no desgastaba su poder y permitía la implementación de los deseos del zar con gran rapidez.

Lo que le faltaba a Rusia, según Adolphe DuBois de Jancingny, era “el desenvolvimiento normal de sus recursos productivos, de sus relaciones comerciales, y en consecuencia, un aumento de rentas en proporción de su importancia militar y política”<sup>45</sup>. La India era la respuesta a estos problemas. Rusia quería la India “para ella”, explicaba Lord Palmerston, “apunta a la India por la influencia europea y asiática que adquiere por la simple revelación de tal intención”<sup>46</sup>.

Así, hacia el final de su reinado, en 1791, se sabe que la emperatriz Catalina II consideró la opción de arrebatar la India a los británicos. Aparentemente la idea fue de un francés, explica Peter Hopkirk en *The Great Game* -los franceses volverían a estar involucrados en otros intentos de alianza con Rusia en contra de los británicos más adelante-, quien le propuso atacar avanzando por Bujara y luego Kabul para conseguir apoyos de los musulmanes por el camino. Aunque el plan no llegó a desarrollarse porque la emperatriz fue disuadida, esta fue una nueva prueba de los intereses rusos en la península del Hindostán.

A continuación, como mencionamos en el epígrafe anterior, fue Pablo I quien pactó en 1801 con los franceses para enviar a sus tropas cosacas a la frontera y preparar un ataque sobre la India<sup>47</sup>. El plan se frustró con la muerte del zar pero sorprende descubrir hasta qué punto Napoleón y él planearon la invasión. El plan de la expedición se puso por escrito: franceses y rusos querían enviar 70.000 hombres hasta las orillas del Indo; planearon todos los días de viaje, los medios de ejecución que necesitarían, las municiones y provisiones y hasta los obstáculos que podrían encontrar por el camino y cómo solventarlos<sup>48</sup>.

---

<sup>45</sup> *Op. Cit.* p. 112.

<sup>46</sup> URQUHART, David, TEMPLE PALMERSTON, Viscount Henry John. *Diplomatic transactions in Central Asia, from 1834 to 1839*. London: T. Brettel, 1841. p. 4.

<sup>47</sup> HOPKIRK, Peter. *The Yellow Peril*. En: *The Great Game*. London: John Murray, 1990. pp. 11-24

<sup>48</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 104.



El paso de los años no hizo sino corroborar que “los objetivos de Rusia en Asia Central en las décadas de 1840 y 1850 [...] eran tanto políticos como económicos”<sup>49</sup>. Más adelante, en plena década de los 60 del siglo XIX, Alejandro II vería en estos territorios una zona ideal para el cultivo del algodón ya que, debido al estallido de la Guerra de Secesión norteamericana, sus proveedores del sur de Estados Unidos dejaron de hacer envíos<sup>50</sup>. Con la narración de todos estos movimientos llevados a cabo por Rusia, queremos subrayar que, desde el inicio del *Gran Juego*, cuya fecha se puede situar en 1807 o 1829 en función de qué historiador opine, el interés por la India se mantendría siempre latente en el ánimo ruso. En 1845, Jancingny se planteó la pregunta clave: “¿Tiene la Rusia en este momento, ó tendrá dentro de un término dado, un verdadero interés en amenazar las posesiones inglesas de la India?” Y él mismo respondía a la cuestión:

No lo creemos, pero aun suponiendo que hubiese formado el proyecto de subplantar, aunque no fuese mas que en parte, la dominación é influencia británica, estamos plenamente convencidos, que los medios de ejecución de semejante tentativa, no podrian reunirse sino despues de muchos años, y en el número de dichos medios no dudaremos en contar el de una alianza con otra potencia, indispensable para el buen éxito; y semejante alianza, en el cuadro en que se encuentra actualmente la Europa, sino es absolutamente imposible, á lo menos dista de mucho de la probabilidad<sup>51</sup>

Si decidía lanzarse a conseguir la India, Rusia estaba sola en su misión. En momentos puntuales Francia mostró predisposición a una alianza, pero sin duda era el rechazo a lo británico lo que unía a ambas potencias, más que el verdadero sentimiento de un proyecto común. Los avances rusos sobre pueblos y tribus habitantes de los territorios fronterizos con la joya de la corona británica reflejaron un patrón orbital alrededor de la península india, un deseo de querer conseguir el ansiado premio y, sin embargo, no poder alcanzarlo.

---

<sup>49</sup> BECKER, Seymour. *Russia's Protectorates in Central Asia: Bukhara and Khiva, 1865-1924*

*Volumen 54 de Russian Research Center studies. Central Asian Studies Series, 5.* London: Psychology Press, 2004. p. 10.

<sup>50</sup> HOPKIRK, Peter. *The Great Russian advance begins*. En: *The Great Game*. London: John Murray, 1990. pp. 295-306.

<sup>51</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 103.

## 4. El Gran Juego

En el tablero de Asia Central del siglo XIX las piezas iniciaron lentamente un baile por la toma de posiciones. Los dos grandes poderes occidentales, el león británico y el oso ruso, que en otras partes del mundo ya se habían enfrentado, en esta zona se contemplaban recelosos mientras la tensión política entre ellos no dejaba de crecer. Así se inició el *Gran Juego*, un término acuñado por el historiador sir John Kaye cuando citó las cartas del joven militar británico Arthur Connolly en las que éste hablaba de “un gran juego, un juego noble”<sup>52</sup> mientras servía en Afganistán en el siglo XIX. Más tarde, la expresión adquirió su carácter universal cuando el escritor Rudyard Kipling la incluyó en su novela *Kim* (1901) y, a partir de entonces, fue sinónimo del “conflicto por el dominio”<sup>53</sup> en Asia Central cuyo objetivo final y premio, se ha sospechado, era la India.

La complejidad del *Gran Juego* reside, en primer lugar, en la manera de calificarlo. Estrictamente no fue una guerra aislada, sino un concepto que engloba muchos conflictos a lo largo y ancho de un vasto territorio como es Asia Central. Ahondando en su extensión física, para unos historiadores, escribe Kathleen Burk, profesora de Historia Moderna y Contemporánea en la *University College* de Londres, esta competición anglo-rusa se dio “desde Constantinopla en el Bósforo hasta la India, abarcando Egipto, Turquía, otras tierras árabes, Persia y el Golfo Pérsico, Afganistán, Asia Central y la India noroccidental”<sup>54</sup>. Otros grupos de estudiosos, en cambio, reducen el radio del conflicto y lo concentran en “el territorio que se extiende desde las montañas del Cáucaso en el oeste, a través de los grandes desiertos y montañas de Asia Central, hasta Turquestán y Tíbet en el este”<sup>55</sup>. A la dificultad de ubicar el *Gran Juego* físicamente también se le suma la cuestión de acotar su duración. En este caso Burk aclara que duró aproximadamente desde 1807 hasta 1914, aunque particularmente se puede centrar desde el año “1829, cuando Rusia derrotó al Imperio otomano y a Persia, hasta 1907, cuando los dos países firmaron el

---

<sup>52</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 27.

<sup>53</sup> BURK, Kathleen. *The Great Game: Imperial Rivalry between Britain and Russia in the 19th Century*. *The East-West Review. Journal of the Great Britain-Russia Society* [en línea]. Invierno 2007, no. 16. [Fecha de consulta: 10 enero 2013], p. 4. Disponible en: <[http://eastwestreview.org/images/stories/2007winter/East-West\\_Review\\_Winter\\_2007.pdf](http://eastwestreview.org/images/stories/2007winter/East-West_Review_Winter_2007.pdf) >

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> *Ibid.*

Acuerdo anglo-ruso”<sup>56</sup>. En nuestro caso, la elección del inicio de la acotación temporal del *Gran Juego*, a modo general, viene marcada por la subida al trono del emir Dost Mohamed en 1826, pero más concretamente con el nombramiento de Lord Auckland como gobernador general de la India en 1836, y su final no lo colocamos en 1907, sino en 1919, el año en el que se dio por finalizada la Tercera Guerra Anglo-Afgana.

Más de un siglo para unos, y casi un siglo para otros, de disputas y escaramuzas; de intercambios diplomáticos, firmas de tratados y acuerdos comerciales; de espionajes, incursiones secretas y sobornos. Si cogiéramos perspectiva, veríamos que detrás de las situaciones de conflicto entre distintas tribus, las incursiones de los ejércitos de una u otra potencia, se averiguaba siempre la rivalidad entre británicos y rusos. Pero sorprendentemente, a excepción de la Guerra de Crimea (1853-1856), sus tropas no se enfrentaron abiertamente durante el tiempo que duró el *Gran Juego*. Esta estrategia de utilizar terceros territorios para dirimir sus luchas de poder sería imitada en el siglo siguiente, como bien expresa Karl Meyer cuando afirma que “el Gran Juego adquirió en todos los sentidos una segunda vida durante la Guerra Fría”<sup>57</sup>.

Pese a la aparente inabarcabilidad en el estudio de estos sucesos, la noción de que la India fue la raíz de las reyertas -los británicos, en su afán por defenderla y mantenerla bajo su poder; los rusos, pretendiendo adueñarse de ella- provocó que los enfrentamientos más importantes se dieran alrededor de sus fronteras y, más concretamente, en la única zona desde la que un ataque ruso podía llegar a materializarse por tierra: Afganistán. Observando la geografía de la península india, protegida al norte por la cordillera del Himalaya, los únicos accesos se encontraban al noroeste de la colonia, en los pasos fronterizos de Khyber y del Bolán, lugares que actualmente unen Afganistán y Pakistán. Así, los ingleses vieron en el control de este país una necesidad urgente frente a la sombra de la amenaza rusa. Lo que no pudieron llegar a imaginar es hasta qué punto les sería difícil ejercer dicho control.

#### 4.1 Una aproximación sobre Afganistán

---

<sup>56</sup> *Ibid.*

<sup>57</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 29.

Afganistán merece ser estudiada antes de proceder con más explicaciones sobre los acontecimientos centrales del *Gran Juego*. En sus valles, montañas, pueblos y ciudades se hallaba la llave que podía dar la seguridad necesaria a los británicos o suponer la pérdida de su rica colonia. Dentro del siglo XIX, la importancia de este territorio sin salida al mar se hizo evidente cuando Napoleón Bonaparte y Pablo I de Rusia planearon la invasión de la India partiendo de Persia y atravesando después Afganistán. Sin embargo, ninguno de los dos “tenía idea alguna sobre la geografía, el terrible clima, los desiertos y las montañas”<sup>58</sup>, como tampoco la tenían los ingleses, quienes “hasta el momento dependían de las rutas marítimas”<sup>59</sup>. El ridículo de este desconocimiento del terreno provocó que las potencias protagonistas pusieran en marcha misiones para topografiar y cartografiar los accidentes geográficos; más tarde, crearon sus respectivas sociedades geográficas en las que almacenar todos esos nuevos conocimientos: la *Royal Geographical Society* británica, nacida en 1830, y la Sociedad Geográfica Rusa, fundada en 1845.

La posición geográfica de Afganistán, en palabras de Daniel Gomà, ha contribuido a hacer de ese territorio una nación “sumamente compleja pero, a la vez, interesante”<sup>60</sup>. Se trata de un país de montañas -algunas llegan a superar los cinco mil metros de altitud-, con tierras altas y grandes valles. Ello, continúa Gomà, “ha dificultado la comunicación y el control del poder central sobre gran parte de la población”<sup>61</sup>. Además, existe una barrera natural, la gran cordillera del Hindu Kush, que divide en dos partes la mitad este territorio afgano. Por otro lado, basta con observar las imágenes conseguidas por satélite para comprobar los efectos del clima continental extremo sobre el país. Salvo en contados valles fértiles, el territorio es desértico o semidesértico; las pocas precipitaciones y los recursos limitados hacen del propio país un enemigo de quienes, desconocedores, se adentran en él sin prepararse debidamente.

El siguiente aspecto a destacar de Afganistán es su demografía. Daniel Gomà identifica “la diversidad étnica de la población y el predominio de la religión

---

<sup>58</sup> BURK, Kathleen. *The Great Game: Imperial Rivalry between Britain and Russia in the 19th Century*. *The East-West Review. Journal of the Great Britain-Russia Society* [en línea]. Invierno 2007, no. 16. [Fecha de consulta: 10 enero 2013], p. 4. Disponible en: <[http://eastwestreview.org/images/stories/2007winter/East-West\\_Review\\_Winter\\_2007.pdf](http://eastwestreview.org/images/stories/2007winter/East-West_Review_Winter_2007.pdf)>

<sup>59</sup> *Ibid.*

<sup>60</sup> GOMÀ, Daniel. *Historia de Afganistán. De los orígenes del Estado afgano a la caída del régimen talibán*. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona, 2011. p. 13.

<sup>61</sup> *Op. Cit.* p. 23.

musulmana<sup>62</sup> como principales características de sus gentes. La población afgana está compuesta de una variedad muy grande de pueblos, y la mayoría tienen poco en común entre sí, lo que provoca enfrentamientos continuos. Se pueden identificar cuatro grandes divisiones en función de la etnia: los caucásicos, los turcomongoles, los australoides y los semíticos; y “los cuatro grupos étnicos citados se dividen, a su vez, en un gran número de etnias; esto es un elemento que diferencia Afganistán de la gran mayoría de los países musulmanes”<sup>63</sup>. Respecto a la religión, el Afganistán del siglo XIX ya era de mayoría musulmana. Gomà fecha la entrada del islam en el siglo VII como consecuencia de la expansión árabe. En doscientos años este culto fue adoptado por la mayor parte del país, marcando el carácter de la población afgana y erigiéndose como “el único gran factor de unidad nacional”<sup>64</sup>. No solo son los factores internos los encargados de moldear el carácter de sus gentes, sino que Afganistán también se vio, y aún hoy en día se ve, influenciada por los pueblos vecinos, tales como la civilización persa (la actual Irán) o las provincias del norte como Bujara o Jiva, con las que estaba emparentada a través de la religión.

Como capital de Afganistán, Kabul es un punto estratégico fundamental. Su importancia es vital tanto desde el punto de vista físico como político, ya que es la encrucijada de las vías de comunicación de Persia, la India y la depresión del Turá; o como el francés Adolphe DuBois de Jancingny, autor de *Historia de la India*, describe: es la encrucijada “del norte y del sur, del este y del oeste del Asia Central”<sup>65</sup>. Y añade en su explicación::

Todos los observadores afirman que aquí es donde, por decirlo así, acaba el Asia oriental, y empieza el Asia occidental con sus tendencias europeas. Desde este punto crítico mírese al este, y se verá una raza de hombres recojidos en sí mismos, separados por su civilización y sus costumbres de lo restante del continente asiático y del mundo entero. Al oeste, á los ojos de aquellos pueblos espectadores inmobiles é impasibles del movimiento de los otros pueblos, comienza la Europa, en la misma Asia, tan chocante contraste que presentan estas dos mitades de una misma mole terrestre.<sup>66</sup>

En un ataque, Kabul se convierte debido a esta privilegiada posición en uno de los principales objetivos a controlar por los invasores. Y no sólo Kabul; la ciudad de

---

<sup>62</sup> *Op. Cit.* p. 19.

<sup>63</sup> *Op. Cit.* p. 20.

<sup>64</sup> *Op. Cit.* p. 13.

<sup>65</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 11.

<sup>66</sup> *Ibid.*

Kandahar, 500 kilómetros al sur de la primera, también representa una plaza clave, algo que los antiguos moradores del lugar ya conocían:

Desde la antigüedad mas remota, decia el historiador del reinado de Akbar, Abulzafel (en 1602), Kabul y Kandahar son consideradas como las puertas del Hindostand; la una da entrada en el Turan, la otra en el Iran, y si estas plazas están bien guardadas, el vasto imperio del Hindostan, se halla al abrigo de las invasiones extranjeras (Ain Akbery, vol II, pag 65)<sup>67</sup>

Tras estos apuntes sobre su naturaleza estratégica, comprendemos por qué Afganistán se convirtió en el siglo XIX en una pieza vital para el Imperio británico. Y, sin embargo, llegar a controlarlo completamente nunca fue posible para los casacas rojas. “El territorio afgano, con sus aguerridos combatientes, un clima severo y parajes inhóspitos, era visto por muchos como un cementerio de imperios”<sup>68</sup>, resume el profesor investigador Enrique Baltar Rodríguez en una afirmación sobre el Afganistán actual que sin duda puede aplicarse también al contexto del siglo XIX. El tiempo enseñaría a rusos e ingleses que sus pretensiones de dominio directo sobre Afganistán, pese a los esfuerzos y recursos empleados, se derrumbarían como castillos de arena ante la imposibilidad de gobierno sobre sus gentes, quienes nunca aceptarían un gobierno extranjero.

#### 4.2 El gobierno de Dost Mohamed y la frontera noroeste

La importancia de Afganistán dentro del *Gran Juego* no solo se debió a su posición geográfica clave o a la composición de sus pueblos habitantes. De hecho, los acontecimientos que se sucedieron a lo largo del la primera mitad del siglo XIX hubieran tomado un cariz muy distinto de no ser por la persona sentada en el trono de este país: el emir Dost Mohamed. Su reinado se inició en 1826, cuando este incansable y energético afgano logró desde Kabul un control suficiente sobre sus hermanos en las luchas que se produjeron tras la deposición de Sha Shuja, antiguo gobernante del país, por su propio predecesor en 1809.

Diez años más tarde, en 1836, las facciones del *Gran Juego* empezaron a tomar posiciones en torno a Afganistán. La influencia rusa había alcanzado Persia,

---

<sup>67</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 40.

<sup>68</sup> BALTAR RODRÍGUEZ, Enrique. *Afganistán y la geopolítica internacional: de la intervención soviética a la guerra contra el terrorismo*. México: Plaza y Valdés, 2003. p. 132.

animando al sha a iniciar un sitio a Herat, principado independiente y también la ciudad considerada como la puerta de entrada al territorio afgano por el oeste. Mientras tanto, ese mismo año, Dost Mohamed luchaba en la frontera noreste por recuperar Peshawar, la ciudad que había perdido dos años antes a manos de los sijs de Ranjit Singh, el famoso león del Punjab. Y así fue cómo la última facción, la británica, recluida dentro de su colonia, empezó observar recelosa la frontera noroeste de la India, por donde los rusos podían decidir invadirles si el gobernador afgano así lo permitía. Era inevitable que el Imperio británico, encarnado en ese momento en la Compañía Oriental de las Indias, entrara en la lucha por arrastrar a Afganistán bajo su influencia y asegurarse la seguridad de su territorio.

Los acontecimientos se precipitaron en 1837. Lord Auckland había sido nombrado nuevo Gobernador General de la India el año anterior, en sustitución de Lord William Bentinck, y con él “had brought from England the feeling of disquietude in regard to the designs of Persia and Russia”<sup>69</sup>, explica el corresponsal de guerra británico Archibald Forbes en su libro publicado en 1892. Inconscientemente, el propio Dost Mohamed -quien en realidad “had a real regard for the English”<sup>70</sup>- proporcionó a éstos una excusa de intervención cuando, en vez de atacar directamente Peshawar, contactó con Lord Auckland y le pidió ayuda para lidiar con los sijs. Para desgracia del gobernante afgano, estos guerreros bajo las órdenes del carismático Ranjit Singh eran aliados valiosos de los británicos desde que “en 1809 [...] la Compañía de las Indias Orientales envió un hábil negociador, Charles Metcalfe, para asegurar el apoyo de Ranjit Singh en el caso de que Napoleón, según un rumor extendido, intentara invadir la India”<sup>71</sup>. Difícilmente rompería la Compañía esta alianza cuando Singh y los soldados bajo su mando eran una garantía de protección de la frontera noroccidental de la India.

Así pues, la situación en Asia Central se complicaba ya que rusos e ingleses tenían las intenciones de los otros con la misma intensidad:

Los rusos tenían una ocupación permanente en Asia Central de los británicos cuando éstos iniciaron una invasión hacia el norte, tomando el Punjab, Sindh y Cachemira. Los británicos vieron la absorción rusa del Cáucaso, y de las tierras kirguizas y del Turkmenistán, y los

---

<sup>69</sup> FORBES, Archibald. *The Afghan wars: 1839-42 and 1878-80*. Nueva York: Cosimo, Inc., 2010. p. 7.

<sup>70</sup> *Op. Cit.* p. 6.

<sup>71</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 62.

kanatos de Jiva y Bujara con igual sospecha como una amenaza a sus intereses en el subcontinente indio.<sup>72</sup>

Ante estas perspectivas, Lord Auckland, «influido», dice Durand, «por las vagas aprensiones de un peligro remoto alimentadas por otros más que por sí mismo,» [...] envió a Afganistán al capitán Burnes<sup>73</sup>. Alexander Burnes era un ambicioso joven escocés que había sido transferido a la rama política de la Compañía de las Indias Orientales tras demostrar sus habilidades de lingüista y, poco después, de agente espía durante una misión en 1832 en Afganistán y Bujara. En aquel entonces fue acogido en la corte de Dost Mohamed con gran entusiasmo y probablemente fuera esta noción la que le valió ser elegido para la misión de Auckland en 1837. En la versión oficial de esta misión, la que Burnes recibió, se le instaba a negociar con los afganos la apertura de Asia Central al comercio británico y el emir afgano, creyendo que Burnes podría ser la respuesta a sus preocupaciones sobre la «agresión persa en el oeste y los ataques constantes de los sijs en el este, dio la bienvenida al capitán con los brazos abiertos»<sup>74</sup>. Sin embargo, el joven británico únicamente recibió las instrucciones de convencer al gobernante de Kabul de que abandonara sus pretensiones sobre Peshawar y de que se comprometiera a cerrar el país a todas las demás potencias europeas<sup>75</sup>. Burnes no tenía autoridad real para negociar y lo que parecía una misión en clave comercial escondía en realidad un ultimátum a Dost Mohamed para convertir Afganistán en un protectorado británico. De nada sirvieron los mensajes conciliatorios de Burnes pidiendo que se reforzara Kabul para unificar la nación afgana y evitar la amenaza rusa y persa, o sus sugerencias de concederle a Dost Mohamed Peshawar a la muerte de Ranjit Singh.

La situación empeoró con la llegada a Kabul en diciembre de 1837 de un oficial ruso, el capitán Vitkevich, quien decía ser enviado del zar en misión aparentemente comercial pero cuya carta de credenciales, sospechaban los ingleses, era falsa. Aunque Dost Mohamed aseguró a Burnes que no prestaría atención al ruso, ya que

---

<sup>72</sup> BAXTER, Craig. *Chapter 1: Historical Setting. The Library of Congress. A country study: Afghanistan* [en línea], Agosto, 2008, [Fecha de consulta: 10 enero 2013] Disponible en: <[<http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field\(DOCID+af0011\)>](http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field(DOCID+af0011))>

<sup>73</sup> FORBES, Archibald. *The Afghan wars: 1839-42 and 1878-80*. Nueva York: Cosimo, Inc., 2010. p. 8.

<sup>74</sup> WILKINSON-LATHAM, Robert. *North West Frontier 1837-1947*. Gran Bretaña: Osprey Publishing, 2005. p. 4.

<sup>75</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 114.



su intención era alcanzar un acuerdo con los ingleses, la noticia de un ruso en la corte afgana provocó una respuesta muy poco diplomática por parte de Lord Auckland. El Gobernador General de la India escribió en enero de 1838 al emir y en su carta “exigió que Dost Mohamed cortara todo contacto con los iraníes y los rusos, que despidiera a Vitkevich de Kabul, que renunciara a todas las reclamaciones sobre Peshawar, y que respetara la independencia de Peshawar así como la de Kandahar, que en la época estaba bajo el control de sus hermanos”<sup>76</sup>. Ofendido por encontrar tantas exigencias de los británicos y obtener ninguna garantía a cambio, Dost Mohamed empezó a recibir al enviado ruso y Alexander Burnes tuvo que regresar a la India ese mismo año con las manos vacías. En una carta a Charles Masson, soldado de la Compañía de las Indias Orientales y explorador, Burnes le confirmaba la inutilidad de su ya finalizada misión en Afganistán: “He tenido la satisfacción de enterarme de que me enviaron a hacer imposibles en Cabool, ¡de modo que no se esperaba que tuviera éxito en todos mis esfuerzos que no lo han tenido! La política es una ciencia extraña”<sup>77</sup>.

Sólo Burnes tuvo el sentimiento de haber fracasado en su misión de evitar un enfrentamiento con Afganistán. Los despachos urgentes que había ido enviado durante su estancia con Dost Mohamed habían llegado a la India y allí habían sido modificados por los altos mandos, a quienes sí les interesaba un conflicto. Entre aquellos a los que les interesaba una invasión de Afganistán estaba también el antiguo gobernante afgano y exiliado desde 1809 Sha Shuja. Desde el momento en que fue depuesto, Shuja planeaba su vuelta al trono y llegó a intentarlo sin éxito en 1833 con la colaboración del león del Punjab. Sin embargo, cinco años más tarde Sha Shuja tenía un factor determinante de su parte: esta vez contaba con el apoyo de los ingleses. El 26 de junio de 1838 se firmó el Tratado de Simla, un pacto entre el gobierno inglés, el maharajá Ranjit Singh y el propio Sha Shuja. En él se especificaba que Shuja volvería a tener el control sobre Kabul y Kandahar con la ayuda de los ingleses y los sijs a cambio de reconocer, en primer lugar, el control de Ranjit Singh sobre las antiguas provincias afganas que ya estaban bajo su influencia y, en segundo lugar, la independencia de Herat. Por otro lado, los ingleses querían sustituir a Dost Mohamed por un gobernante cuya autonomía estuviera limitada por ellos y así lo hicieron constar en el artículo 18 del tratado firmado:

---

<sup>76</sup> BAXTER, Craig. *Chapter 1: Historical Setting. The Library of Congress. A country study: Afghanistan* [en línea], Agosto, 2008, [Fecha de consulta: 10 enero 2013] Disponible en: <[<http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field\(DOCID+af0011\) >](http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field(DOCID+af0011))>

<sup>77</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 115.

Shah Shudjá-ul-Mulk se obliga personalmente y obliga á sus herederos á abstenerse de entrar en negociaciones con ningun estado extranjero, sin el conocimiento y beneplácito de los gobiernos inglés y sikh, y se obliga igualmente á oponer con todo su poder, con la fuerza de las armas, á toda potencia que intentare invadir los territorios inglés y sikh.<sup>78</sup>

El impaciente Lord Auckland gestó rápidamente el inicio de la invasión, informando al comité secreto de la junta de directores de la Compañía Británica de las Indias Orientales, pero sin aguardar sus órdenes ni instrucciones. Cuando el Gobierno inglés quiso reaccionar no hubo tiempo dado que el gobernador general de la India, “comprometido ya con una línea política equivocada, e instado por los que le rodeaban, tomó la desafortunada resolución de reunir al ejército anglo-indio, y enviarlo, con el nefasto Sha Shuja sobre sus hombros, a los desconocidos y distantes parajes salvajes de Afganistán”<sup>79</sup>. Lord Auckland se explicó alegando que contaba con nuevas pruebas de que existía la intención manifiesta de los rusos de extender su autoridad hasta las fronteras de la India<sup>80</sup>. Se escucharon voces críticas, entre ellas la del General William Elphinstone, quien había encabezado una misión en Kabul treinta años antes, y que veía la ocupación de la capital y la entronización de Sha Shuja como la parte fácil; sin embargo, “«era inútil mantenerlo en un país pobre, frío, fuerte y remoto, entre gentes tan turbulentas»”<sup>81</sup>. Lord Bentinck, predecesor de Auckland, calificó la empresa de increíble locura, y el Marqués Wellesley, de un capricho<sup>82</sup>. A pesar de los proféticos avisos de fracaso, en octubre de 1838 se publicó el Manifiesto de Simla, donde Auckland y sir William Macnaghten -el principal oficial político del ejército reunido para la intervención- justificaban su decisión como un mero apoyo al gobierno legítimo de Shuja y negaban que aquello fuera una invasión de Afganistán. La realidad, por muchos eufemismos que los británicos usaran, fue que ese mismo mes las tropas se movilizaron hacia la frontera y, con ello, se dio por iniciada la Primera Guerra Anglo-Afgana.

#### 4.3 La Primera Guerra Anglo-Afgana

---

<sup>78</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 61.

<sup>79</sup> FORBES, Archibald. *The Afghan wars: 1839-42 and 1878-80*. Nueva York: Cosimo, Inc., 2010. p. 12.

<sup>80</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 51.

<sup>81</sup> FORBES, Archibald. *The Afghan wars: 1839-42 and 1878-80*. Nueva York: Cosimo, Inc., 2010. p. 13.

<sup>82</sup> *Ibid.*

El estudio de la Primera Guerra Anglo-Afgana nos lleva a dividirla en dos etapas claramente diferenciadas. La primera fase comprende de 1838 a 1840 y para los británicos fueron años en los que todo se desarrolló sin apenas encontrar verdaderos obstáculos a su avance. Además, como dato complementario, esta campaña resultó ser la primera de la era de la reina Victoria y el fracaso era inconcebible. Por ello, la junta de directores de la Compañía Británica de las Indias Orientales instó a Auckland a utilizar tantas tropas como requiriera asegurar el éxito de la misión<sup>83</sup>. A finales de noviembre 14.000 soldados formaban el contingente bengalí reunido en la ciudad de Ferozepore, cerca de la frontera actual de la India con Pakistán. La que sería bautizada como la *armada del Indo* era resultado de la unión de las tropas proporcionadas por la Compañía inglesa encabezadas por Ser Harry Fane y entre las que se incluían los 6.000 soldados recién reclutados de Sha Shuja y alrededor de 5.000 hombres provenientes de la fuerza de Bombay<sup>84</sup>.

Explica Archibald Forbes en su obra que Auckland tenía en mente dos objetivos a la hora de invadir Afganistán. En primer lugar, el asunto más acuciante y principal excusa era levantar el sitio que los persas habían iniciado sobre Herat con el apoyo ruso y sin oposición de Dost Mohamed; y en segundo lugar, quería colocar a Sha Shuja en el trono. Pero antes siquiera de que las tropas descritas se reunieran, el gobernador general recibió la noticia de que los persas se retiraban de Herat. Desprovisto de la justificación de mayor peso, su decisión se revelaba ante todos como lo que era: una misión para usurpar el trono afgano<sup>85</sup>. Rápidamente alegó estar llevando a cabo una *política defensiva* y en diciembre de ese mismo año las tropas se pusieron en camino y escogieron la difícil ruta de los pasos fronterizos del Bolán y Kojak.

Al llegar a la ciudad de Shikapore, justo antes de atravesar la frontera, William Macnaghten, funcionario de la Compañía, se unió a la misión. Esta incorporación fue calificada por el soldado y administrador colonial Henry Durand de infeliz, dado que "Macnaghten, por mucho tiempo acostumbrado al trabajo de oficina irresponsable, sin experiencia acerca de los hombres, e ignorante del país y del pueblo de Afganistán, no estaba, aunque fuera un estudioso erudito de lo árabe, curtido ni el campo de la

---

<sup>83</sup> WILKINSON-LATHAM, Robert. *North West Frontier 1837-1947*. Gran Bretaña: Osprey Publishing, 2005. p. 5.

<sup>84</sup> FORBES, Archibald. *The Afghan wars: 1839-42 and 1878-80*. Nueva York: Cosimo, Inc., 2010. p. 14.

<sup>85</sup> *Op. Cit.* p. 15.

intriga asiática ni era un hombre de acción”<sup>86</sup>. Macnaghten, quien había participado en la negociación del tratado de Simla, era un hombre cuyas ambiciones le llevaron a ocupar un papel protagonista en la primera guerra anglo-afgana. Sin embargo, pronto sería testigo de cómo la empresa que había promovido junto con Lord Auckland se volvía contra sus intereses. Por otro lado, el gobernador general no olvidó a Alexander Burnes, y aunque éste esperaba ocupar el puesto que se le concedió a Macnaghten, finalmente participó en la vanguardia del ejército, intimidando, asustando, coaccionando o sobornado a cuantas tribus se les interpusieran para que les permitieran pasar. Así ocurrió en los pasos de Bolán y Kojak, por ejemplo, donde los francotiradores que los controlaban recibieron sobornos o *subsídios*, como los ingleses preferían llamarlos, a cambio de no atacar a las tropas. Las tribus aceptaron los pagos pero ello no evitó que su descontento fuera creciendo.

La ocupación de Kandahar en la primavera de 1839 no supuso ningún esfuerzo ni batalla a las fuerzas de la Compañía. Sha Shuja atravesó las puertas de la ciudad y fue recibido “con sentimientos que casi llegaban a la adoración”<sup>87</sup>, informó Macnaghten. Sin embargo, “otros se dieron cuenta de que los hurras se apagaban cuando los devotos habitantes de la ciudad veían a la multitud de infieles ante sus murallas”<sup>88</sup>. Los ingleses dieron la espalda a las señales de hostilidad de los afganos y antepusieron ambiciones particulares a un estudio y análisis real de la situación. Esta sólo fue la primera de muchas contradicciones que se darían a lo largo de este conflicto, el primero de una serie de errores que los británicos pagarían más adelante. En aquel momento las tropas llegaron mermadas de provisiones y la marcha tuvo que detenerse dos meses en Kandahar.

Cuando decidieron volver a ponerse en marcha camino de la capital, los casacas rojas se enfrentaron al desafío de la fortaleza de Ghazni. Su impenetrabilidad aparente se vio destruida cuando un desertor afgano les informó de dónde se encontraba el punto débil que permitiría su caída. La disciplina de las delgadas líneas rojas permitió volar la puerta indicada y entrar por la abertura, evitando iniciar un sitio que se podía haber alargado seis meses. El recuento de bajas dejó 1.200 afganos muertos frente a diecisiete británicos e indios y en menos de un día la devastadora noticia alcanzó Kabul. Dost Mohamed envió a su hermano a negociar:

---

<sup>86</sup> *Op. Cit.* p. 18.

<sup>87</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 120.

<sup>88</sup> *Ibid.*

estaba dispuesto a aceptar el gobierno de Sha Shuja si él era nombrado visir<sup>89</sup>. Su proposición fue rechazada y el emir se vio obligado a huir y exiliarse en Bujara. En agosto de 1839, después de treinta años, Sha Shuja recuperaba el trono de Afganistán y a su entrada en Kabul, seguido de las tropas y Macnaghten y Burnes, los habitantes de la ciudad “guardaron un notable silencio al recibir al exiliado que había fracasado en tres intentos previos de recuperar la corona, y regresaba aupado por infieles”<sup>90</sup>.

Los invasores empezaron a instalarse en Kabul con la confianza de que habían obtenido una victoria decisiva. Macnaghten era quien se mostraba más envalentonado; la fácil conquista era para él la prueba de que los británicos debían seguir anexionándose territorios como Herat y, por qué no, avanzar hasta el Oxus y someter el Punjab<sup>91</sup>. Pero por el momento su tarea era la de persuadir a los afganos para que aceptaran a nuevo gobernante, ayudado por Burnes -recién nombrado residente británico-, y a la vez mantener una buena relación con Sha Shuja. Con mentalidad de vencedores, los ingleses empezaron a instalarse cómodamente en la capital y, para dar más credibilidad a Sha Shuja, le cedieron la ciudadela, la zona mejor protegida de Kabul. Los cuarteles de las tropas, en cambio, se construyeron fuera de este espacio, en un plano al norte de la ciudad cuya posición y perímetro lo hacía muy difícilmente defendibles.

Celebrando el éxito de la invasión, el parlamento inglés en la sesión del 6 de febrero de 1840 rindió homenaje a Auckland y “al juicio y á la habilidad con que bajo su direccion se han aplicado los recursos del imperio inglés en la India á las operaciones militares al oeste del Indo”<sup>92</sup>. La misión de del gobernador general de restaurar a una marioneta de los británicos en el trono se había cumplido y, sin embargo, él mismo era consciente de que si sus tropas se retiraban, el reinado de Sha Shuja no duraría. “En teoría y en nombramiento Sha Shuja era un monarca independiente;”, explica Archibald Forbes, “de hecho, si existía una única forma de justificar su pretensión de gobernar, era demostrar ser capaz de gobernar de forma

---

<sup>89</sup> WILKINSON-LATHAM, Robert. *North West Frontier 1837-1947*. Gran Bretaña: Osprey Publishing, 2005. p. 6.

<sup>90</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 121.

<sup>91</sup> *Ibid.*

<sup>92</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 39.

independiente”<sup>93</sup>. Esta supuesta independencia era un término vacío de sentido mientras las tropas británicas siguieran allí y el poder real fuera ejercido por Macnaghten. La realidad era que el dinero empezaba a escasear, mientras que la India necesitaba los soldados que estaban repartidos por Afganistán y, viendo la situación, Londres empezó a presionar para que se iniciara la retirada.

La ocupación británica durante 1839 y 1840 se vio salpicada de pequeñas convulsiones. Ranjit Singh murió en Lahore y con él acabó la unidad de los sijs; los rusos avanzaban sobre la provincia de Jiva, y en Bujara, el capitán Stoddardt había sido hecho prisionero. Por otro lado, aunque Dost Mohamed reunió nuevos apoyos para enfrentarse a los británicos, temiendo una guerra civil, prefirió parlamentar con Macnaghten y le fue concedido asilo en la India. Fue una decisión a modo de compensación que el propio Macnaghten explicó en una carta a Auckland: “Expulsamos al Dost, que no nos había ofendido, en apoyo de nuestra política, de la que él fue víctima”<sup>94</sup>. Ninguno de estos hechos supuso un verdadero problema para los británicos, quienes creían tener el control, y por ello los acontecimientos del año siguiente les tomaron totalmente por sorpresa.

El inicio de la segunda fase de esta guerra anglo-afgana se puede situar en el año 1841 y duraría hasta el final de la misma. El nuevo mando de las tropas en Kabul era el general de división William Elphinstone, una elección poco acertada ya que el “cortés y afable general había sido testigo de una acción por última vez en Waterloo, en 1814, y no sentía entusiasmo por el nuevo puesto”<sup>95</sup>. Llegado el verano, Macnaghten cometió el primer error que desencadenaría una serie de desafortunados eventos cuando, para eliminar costes, redujo a la mitad los subsidios a los jefes Ghilzai del este, los cuales controlaban los pasos entre Kabul y Jalalabad. Con esta pésima decisión, los pasos hacia la India habían quedado bloqueados, pero el Emisario de Auckland ya tenía la vista puesta en el cargo de gobernador de Bombay que se le había concedido y prefirió dedicarse a planear su marcha de Afganistán.

El malestar de los afganos crecía, los rumores de rebelión circulaban por el bazar de Kabul y el informador de Burnes así se lo transmitía al residente británico. A sus

---

<sup>93</sup> FORBES, Archibald. *The Afghan wars: 1839-42 and 1878-80*. Nueva York: Cosimo, Inc., 2010. p. 34.

<sup>94</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 125.

<sup>95</sup> *Ibid.*

oídos había llegado la alarmante noticia de que un jefe de clan, Abdullá Kan, “había jurado matar a Burnes para vengarse de la seducción de una señora o (según otros) dar la señal con vistas a la rebelión general”<sup>96</sup>. La muchedumbre enfurecida se reunió el 2 de noviembre frente a la mansión del joven británico, la asaltaron y lo asesinaron. Macnaghten no reaccionó hasta el día siguiente y envió mensajes para pedir refuerzos que ayudaran en la defensa de la mal protegida guarnición de Kabul. El 23 de noviembre se produjo la batalla de Bemaru, en la que la superioridad de las armas afganas causaron una carnicería entre las tropas inglesas, cuyos llamativos uniformes rojos los convertían en blancos perfectos. El hijo de Dost Mohamed, Akbar Kan, pronto alcanzó las puertas de Kabul e inició un asedio apoyado por tribus pastunes y uzbekas. Macnaghten creyó poder utilizar la táctica de soborno una vez más, prometiendo el puesto de visir de Sha Shuja a su enemigo. Dos días antes de Navidad se reunieron; Akbar rechazó la proposición y a continuación asesinó a Macnaghten y a los demás oficiales que le acompañaban.

Con este cambio de tornas, llegó el momento de que fueran los británicos quienes aceptaran los términos de Akbar. El nuevo pacto permitía la retirada de los ingleses con escolta afgana hasta la frontera, donde el ejército inglés entregaría su dinero, los cañones y a los oficiales casados y sus familias como rehenes. Las tropas de la Compañía no tuvieron más remedio que aceptar, pese a que Akbar no tardaría en incumplir su parte del trato cuando el día de la retirada, en pleno enero, su escolta no se presentó a hacer el trabajo prometido. La ruta que debían seguir atravesaba, para mayor infortunio de los ingleses, los pasos controlados por los Ghilzai, quienes después de las ofensas de Macnaghten no dudaron en disparar desde las alturas, causando el pánico entre las tropas y civiles ingleses. Akbar Kan, quien era consciente de que su padre seguía en poder de la Compañía en la India, renegó con Elphinstone los términos de la retirada y el 9 de enero sus mensajeros comunicaron que todas las familias y viudas “debían quedar de inmediato bajo su protección, para resguardarlas de nuevos rigores”<sup>97</sup>. De Kabul habían partido 14.500 personas entre soldados, esposas y familias y una muchedumbre de seguidores; en cinco días de retirada se calcula que el coste por la parte de los retirados, ya fuera a causa de batallas en los pasos o por el frío, fue de 12.000 vidas humanas. El 11 de enero los supervivientes volvieron a ser atacados y mermados en el paso entre Kutter-Sung y Jagdalak. Akbar Kan recibió a los supervivientes con el mensaje de

---

<sup>96</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 128.

<sup>97</sup> *Op. Cit.* p. 136.

que esta vez los oficiales británicos debían entregarse como rehenes, entre ellos el propio Elphinstone, quien no vio otra salida que aceptar. Con la moral por los suelos, los que prosiguieron fueron abatidos de uno en uno en los dos días posteriores mientras intentaban llegar al final de los traicioneros pasos que conducían a la frontera.

La historia explica que sólo un superviviente del contingente de retirada de Afganistán alcanzó territorio colonial británico. Se trataba del doctor William Brydon, asistente de cirujano militar. En la frontera esperaba el coronel William Dennie, quien había participado en el asalto a la fortaleza de Ghazni en el inicio del conflicto. Dennie profetizó al inicio de la campaña desgraciada que sólo un hombre volvería de Kabul y sería para comunicar que el resto había perecido, si no se tienen en cuenta a las familias y oficiales que se quedaron como rehenes de Akbar Kan. Así, el 13 de enero de 1842, se confirmó el final de la Primera Guerra Anglo-Afgana con un terrible resultado para las fuerzas británicas.

#### *4.4 Las nefastas consecuencias para el Imperio británico*

La Primera Guerra Anglo-Afgana fue una lección de humildad para los británicos. El gobierno había hecho caso omiso a los informes que el capitán Burnes envió antes del estallido del conflicto y usaron sus palabras para exagerar la amenaza rusa y justificar la invasión, según Daniel Gomà, con una falta de visión de la política regional importante<sup>98</sup>. Esta falta de visión se encarnaba en la figura de Lord Auckland. Su administración, describe el francés Jancingny, se ganó las enemistades de las poblaciones indígenas, sobre todo debido a medidas financieras cuya implementación llenaban las arcas a costa del afecto de los contribuyentes y, en ocasiones también, del menosprecio de sus derechos<sup>99</sup>. En los años que estuvo al frente del gobierno de la colonia británica, “Lord Auckland fué sin saberlo el instrumento de una opresion atroz y el gobierno echará de ver, aunque tarde, que la estimacion y confianza de los pueblos han cedido su lugar á un odio implacable que aprovechará con afan cuantas ocasiones se le rodeen para vengarse”<sup>100</sup>.

---

<sup>98</sup> GOMÀ, Daniel. *Historia de Afganistán. De los orígenes del Estado afgano a la caída del régimen talibán*. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona, 2011. p. 85.

<sup>99</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 38.

<sup>100</sup> *Ibid.*



Afganistán fue un claro ejemplo de ello y la venganza no se hizo esperar. Sha Shuja fue asesinado unos meses después del desastre de la retirada de Kabul en 1842. La fortaleza de Ghazni cayó, pero los británicos consiguieron resistir en Jalalabad y Kandahar y Lord Ellenborough, llegado para sustituir a Auckland como gobernador general, envió una misión militar a Kabul para derrotar a Akbar Kan y asegurar al menos la retirada de todas las tropas que pudieran quedar en el país. La ciudadela, el bazar y las murallas de la capital fueron destruidas y el hijo de Dost Mohamed derrotado. Una vez sometida Kabul, Lord Ellenborough ordenó la retirada total de Afganistán y Dost Mohamed volvió para ocupar el trono durante veinte años más. Esta acción británica final podría verse como un triunfo militar a última hora, pero nada salvaría a la primera potencia mundial de la derrota política.

¿Había estado Inglaterra obligada a cruzar el Indo? El observador francés Adolphe DuBois de Jancingny opinó en su momento que aquella fue una misión militar justificada por la necesidad inglesa de eliminar la incertidumbre en la frontera noroeste de la India, fortificar esa zona y hacerla inexpugnable a cualquier ataque -el temido ataque ruso-<sup>101</sup>. Sin embargo, él mismo reconoció refiriéndose a Dost Mohamed que “es probable que hubiera acabado por sujetar la mayor parte del Afghanistan y fundado quizás una monarquía estable, si los Ingleses, por una inspiración de su política, no hubiesen tratado de prevalecer los derechos por tanto tiempo trascordados ó desconocidos de su huésped Khah Shudjá al trono de Kabul”<sup>102</sup>. Inglaterra y la Compañía habían cometido el error de apoyar a Ranjit Singh y Sha Shuja cuando Dost Mohamed no había mostrado ninguna preferencia por los rusos ni buscaba un enfrentamiento con los británicos. La falta de juicio personal de Auckland y de sus asesores pertenecientes al núcleo duro del colonialismo confluyeron en una zona en la que su gentes estaban adaptadas a una orografía complicada, donde la lucha no se llevaba a cabo en campo abierto ni eran ejércitos disciplinados los que atacaban desde el bando afgano; un país, reflexiona Daniel Gomà, en el que reinaba la anarquía política y donde los poderes locales eran independientes del poder central<sup>103</sup>.

Visto desde la perspectiva afgana, la invasión extranjera había conseguido forjar un sentimiento de unión de todas sus tribus. No es sorprendente ya que, desde que los

---

<sup>101</sup> DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845. p. 39.

<sup>102</sup> *Op. Cit.* p. 48.

<sup>103</sup> GOMÀ, Daniel. *Historia de Afganistán. De los orígenes del Estado afgano a la caída del régimen talibán*. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona, 2011. p. 89.

hombres empezaron a invadirse unos a otros, es bien sabido que la identificación de un enemigo común puede unir facciones tan opuestas entre sí que de otra manera nunca hubieran sumado sus fuerzas. Dost Mohamed se marcó como objetivo el mantenimiento de esta frágil unidad hasta el día de su muerte. La intervención británica y la pérdida de vidas y propiedades, sin embargo, provocó en las gentes afganas un amargo, pero comprensible, resentimiento hacia la influencia extranjera que dura hasta nuestros días. Pero si algo debe ser destacado de esta guerra es que el propósito inicial de colocar a Sha Shuja pretendía conseguir el favor de Afganistán e inclinar la balanza hacia el lado británico, negando a los rusos influencia sobre una zona clave para la protección de la India. El mayor fracaso para Inglaterra fue, probablemente, el ser incapaz de parar el avance ruso, que siguió desplazándose sin pausa hacia el sur durante las tres décadas que siguieron a la Primera Guerra Anglo-Afgana. En 1842 la frontera rusa se encontraba todavía al norte del mar de Aral<sup>104</sup>, pero en cinco años los puestos de avance del zar se habían desplazado hacia el sur, llegando hasta el río Amu Darya -a 500 kilómetros de la frontera actual de Afganistán- y manteniendo vivo el miedo británico a una invasión de la India.

#### 4.5 Una turbia época de entreguerras

Lord Curzon retrató el espíritu del *Gran Juego* con gran exactitud con la siguiente afirmación: “Turquestán, Afganistán, Transcaspia, Persia –para muchos estas palabras transmiten sólo una sensación de lejanía absoluta o una memoria de extrañas visicitudes de un romance moribundo. Para mí, confieso, son piezas en un tablero de ajedrez sobre el que se disputa el juego de la dominación del mundo”<sup>105</sup>. En el tablero ya se había producido el primer movimiento y ahora los jugadores contemplaban las consecuencias de sus decisiones. Pero en los años posteriores a la Primera Guerra Anglo-Afgana tanto Rusia como Inglaterra tuvieron que hacer una pausa en sus respectivos avances por Asia Central porque se vieron envueltos en conflictos que pusieron en peligro sus territorios, en el caso de la primera, y su colonia más preciada, cuando hablamos de la segunda.

---

<sup>104</sup> BAXTER, Craig. *Chapter 1: Historical Setting. The Library of Congress. A country study: Afghanistan* [en línea], Agosto, 2008, [Fecha de consulta: 10 enero 2013] Disponible en: <[<http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field\(DOCID+af0011\)>](http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field(DOCID+af0011))>

<sup>105</sup> GOMÀ, Daniel. *Historia de Afganistán. De los orígenes del Estado afgano a la caída del régimen talibán*. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona, 2011. p. 85.

Para el imperio de los zares, el acontecimiento más traumático de mediados del siglo XIX fue la Guerra de Crimea (1853-1856) que, pese a ser calificada por la profesora Kathleen Burk como una “guerra no muy interesante”<sup>106</sup>, se cobró más de medio millón de vidas. La disputa se originó en Jerusalén, donde los católicos encabezados por Napoleón III y los ortodoxos del zar Nicolás I se enzarzaron en la discusión de quién tenía más derechos sobre los lugares sagrados de la ciudad, en ese momento controlada por los turcos otomanos. En 1853 una resolución de los turcos favoreció a los franceses en este asunto y Nicolás I lo tomó como la señal para abalanzarse sobre las provincias otomanas de los Balcanes, las cuales el zar deseaba ver libres del yugo musulmán. Además, desde hacía un tiempo, Rusia había estado armando una flota en la gran base naval de Sebastopol del Mar Negro en lo que parecía un intento por dominar el estrecho de Dardanelos y conseguir salida al Mediterráneo. La primera potencia mundial sintió el peligro de estos movimientos; Inglaterra no podía permitir que la ambición rusa desequilibrara el orden de los poderes europeos del momento y su intervención no se hizo esperar.

Así se creó la alianza más peculiar del siglo “entre una reina protestante, un Bonaparte católico y un sultán musulmán contra un zar ortodoxo”<sup>107</sup>. Desde 1814, en la batalla de Waterloo, las potencias europeas no se habían enfrentado directamente entre ellas. Algunos vieron en la Guerra de Crimea un conflicto menor que sacó a los contendientes de lo que el poeta británico Alfred Tennyson describió como “la larga, larga úlcera de la paz”<sup>108</sup> y ayudó a retrasar la sombra de una guerra mucho mayor que estallaría en 1914. En octubre de 1854 se inició el sitio a Sebastopol, recordado por la fatídica carga de la Caballería Ligera en la que un tercio de los oficiales perecieron ante una batería de campaña rusa. La muerte de Nicolás I en 1855 decidió el resultado de la guerra; su sucesor, Alejandro II, “no tuvo más remedio que buscar la paz”<sup>109</sup> y en 1856 se firmó el Tratado de París, que privó a los rusos de dos condiciones fundamentales para su seguridad: “primero, del derecho a mantener una flota de batalla y bases en el Mar Negro [...]; y segundo, una relación especial con el

---

<sup>106</sup> BURK, Kathleen. *The Great Game: Imperial Rivalry between Britain and Russia in the 19th Century*. *The East-West Review. Journal of the Great Britain-Russia Society* [en línea]. Invierno 2007, no. 16. [Fecha de consulta: 10 enero 2013], p. 7. Disponible en: <[http://eastwestreview.org/images/stories/2007winter/East-West\\_Review\\_Winter\\_2007.pdf](http://eastwestreview.org/images/stories/2007winter/East-West_Review_Winter_2007.pdf)>

<sup>107</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 168.

<sup>108</sup> *Op. Cit.* p. 169.

<sup>109</sup> *Ibid.*

Imperio otomano, cuya independencia e integridad estaban ahora garantizadas de igual forma por todos los Poderes”<sup>110</sup>.

La humillación de Rusia reestableció el equilibrio de poderes y obligó a los derrotados a hacer un análisis concienzudo de qué había fallado en su estrategia. El ridículo despertó a los rusos, quienes comprobaron que su burocracia militar era altamente incompetente, que el ejército estaba formado por siervos obligados a servir durante veinticinco años cuya motivación en la defensa de su nación era nula y que los oficiales corruptos se dedicaban a explotar a sus subordinados. También se advirtió de la necesidad de construir un ferrocarril que transportara suministros y víveres con mayor rapidez al frente. Dimitri Miliutin tomó nota de las lecciones de la Guerra de Crimea y, cuando en 1860 fue nombrado ministro de Guerra por el zar, tomó inmediatamente las medidas para sanear el ejército ruso y su funcionamiento. Pero Miliutin no se conformó con estas reformas; era necesario ponerlas a prueba:

Miliutin miró hacia el este, a Asia Central y a las zonas fronterizas de China. Envío a sus mejores oficiales a la frontera, les dio permiso para lanzar sus incursiones de escuela avanzada [...] El ministro de Guerra no veía ningún problema en acosar a los británicos. Tal como Miliutin recordó en cierto momento al ministro de Exteriores: “no es necesario pedir disculpas al ministro inglés por nuestro avance. Ellos no se andan con ceremonias respecto a nosotros; conquistan reinos enteros, ocupan ciudades e islas extranjeras, y nosotros no les preguntamos por qué lo hacen”<sup>111</sup>.

Después de la guerra de Crimea los ingleses tampoco pudieron prestar mucha atención a lo que sucedía dentro de las fronteras rusas porque empezaron a surgir problemas en el interior de su colonia. En 1857 estalló el Motín Indio, bautizado así por los británicos, pero también conocido como la Guerra de los Cipayos, la Revuelta de la India o la Primera Guerra de Independencia -este último nombre otorgado por los habitantes del subcontinente-. Con un análisis a posteriori de la evolución del gobierno inglés en la India no es difícil comprender las motivaciones de este estallido revolucionario entre los habitantes colonizados. Los victorianos habían llegado a la India, entre muchos motivos, en una misión civilizadora. La imposición de sus costumbres se implementaba en la misma proporción que el desprecio a las

---

<sup>110</sup> BURK, Kathleen. *The Great Game: Imperial Rivalry between Britain and Russia in the 19th Century*. *The East-West Review. Journal of the Great Britain-Russia Society* [en línea]. Invierno 2007, no. 16. [Fecha de consulta: 10 enero 2013], p. 8. Disponible en: <[http://eastwestreview.org/images/stories/2007winter/East-West\\_Review\\_Winter\\_2007.pdf](http://eastwestreview.org/images/stories/2007winter/East-West_Review_Winter_2007.pdf)>

<sup>111</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 171

tradiciones de la India y aquello elevó el odio de algunos sectores de la población. El motivo que desencadenó el conflicto lo encontramos, dice Karl Meyer, en el hecho de que los cartuchos de los nuevos fusiles estuvieran revestidos con grasa de vaca, animal sagrado para los indios. Pese a que los ingleses permitieron que los cipayos o soldados nativos usaran aceites vegetales o cera de abeja, bastó que un soldado bengalí desafiara e hiriera a un oficial, delito por el que fue juzgado y ejecutado, para que en unas semanas regimientos de toda la geografía del Hindostán se alzaran contra el europeo colonizador. Las matanzas por parte de los rebeldes fueron respondidas con matanzas por parte de los británicos. Probablemente fueran las diferencias entre los sublevados, a quienes únicamente unía el odio al extranjero, lo que desencadenó el final. A ello Meyer también le suma el papel de la provincia del Punjab:

Fiel a su carácter confuso y peculiar, el Gran Motín terminó probablemente debido a lo que no sucedió. La rebelión no llegó a arraigar en el Punjab, la provincia septentrional más importante de la India, a pesar de que lo que fuera el mayor y último Estado independiente había sido anexionado poco antes [...] <sup>112</sup>.

William Howard Russell, corresponsal de *The Times*, la calificó como “una guerra de religión, una guerra de raza y una guerra de venganza, de esperanza, de urgencias nacionales por sacudirse el yugo de un extranjero” <sup>113</sup> y, al igual que la Guerra de Crimea para los rusos, el Motín Indio sirvió para dar un toque de atención a los ingleses vencedores, iniciándose casi al instante los análisis sobre su gobierno en la colonia. La primera decisión adoptada fue la de terminar con el dominio de la Compañía de las Indias Orientales; a partir de agosto de 1858, por orden del Parlamento británico, la India, junto con sus funcionarios y militares, era parte de la Corona. La figura del gobernador general se convirtió en la del virrey, quien ya no tenía que informar al Consejo de Control y la Junta de Directivos de la Compañía, sino a un Consejo de quince miembros que asesorarían al secretario de Estado de la India que fuera nombrado en Inglaterra. La segunda reforma tuvo que ver con el ejército; antes del Motín, de la fuerza total de 275.000 soldados, sólo 40.000 eran europeos, mientras que en 1863, con el nuevo modelo de Ejército Indio, los números mostraban 62.000 británicos y 125.000 soldados indios.

---

<sup>112</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 181.

<sup>113</sup> *Op. Cit.* p. 187.

Estos dos conflictos trajeron de vuelta a ambas potencias a la realidad de su situación, obligándolas a abandonar por un tiempo las imaginaciones de aspiraciones, expediciones militares fuera de sus fronteras y otras incursiones en el exterior. En el caso de Rusia, el periodo de reflexión duró, como hemos mencionado previamente, hasta el nombramiento de Miliutin como ministro de Guerra en 1861. De iniciativa expansionista, este ruso estaba decidido a seguir avanzando por Asia Central independientemente de lo que los británicos pudieran opinar. Además, las conquistas del zar estaban justificadas por la necesidad de algodón después de que el principal suministrador de Rusia, los estados del sur americanos, se sumieran en una guerra civil con sus vecinos estados del norte. De este modo no tardaron en renacer los sentimientos de hostilidad entre las potencias y, como gigantes que eran, sus rivalidades repercutían en el resto de naciones del mundo, como bien refleja el coetáneo explorador húngaro Ármin Vámbéry: “Por el momento afirmaremos que la cuestión de una rivalidad entre estos dos poderes norteeuropeos en Asia Central concierne no sólo a ingleses y rusos, sino también a todo europeo; más aún, merece ser estudiada con interés por toda persona sensata de nuestro siglo”<sup>114</sup>.

Sin embargo, de vuelta en la metrópoli inglesa, la unidad en las decisiones concernientes a la colonia india ya no era la misma que pudo haber en los años previos a la Primera Guerra Afgana. Los años sesenta del siglo XIX fueron testigo de la división de políticos y expertos, quienes se reunieron alrededor de dos escuelas totalmente opuestas: la escuela de avance y la escuela de fronteras cerradas. A la cabeza de la escuela de avance estaba el soldado y diplomático sir Henry Rawlinson. Rawlinson, quien participó en la Primera Guerra Afgana, ocupaba varios puestos de gran prestigio, entre ellos un escaño vitalicio en el recién creado Consejo de la India, y allí donde fue llevó consigo la doctrina de que “Rusia era hostil, Rusia era expansionista, Rusia tenía planes para la India”<sup>115</sup>. A sus palabras unió pruebas cuando el zar se anexionó Bujara y Jiva y tampoco tardó en resucitar la teoría de que los rusos usarían Persia y Afganistán para hacerse con la joya de la Corona. Con el fin de evitar la conspiración de los príncipes indios del norte con los rusos, argumentaba Rawlinson en 1868, “era esencial que el Gobierno de la India mantuviera una misión en Kabul, se anexionara la ciudad afgana de Kandahar,

---

<sup>114</sup> VÁMBÉRY, Ármin. *Sketches of Central Asia: additional chapters on my travels, adventures, and on the ethnology of Central Asia*. Londres: Wm. H. Allen & Co., 1868. p. 386.

<sup>115</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 191.

retuviera Herat, acuartelara soldados en Quetta en el extremo alejado del Paso del Bolán y tendiera líneas de ferrocarril y telégrafo en la Frontera Noroeste”<sup>116</sup>.

A Rawlinson se le oponía frontalmente sir John Lawrence, miembro también del Consejo de la India y nombrado virrey en 1863. En lo que respecta a Afganistán, Lawrence era partidario de dejar que fueran sus gentes las que decidieran quién debía gobernarlos. Inglaterra podía ayudar o conceder obsequios, pero nunca imponer un aspirante u otro en el trono de Afganistán y, del mismo modo, esperaba que no lo hiciera ningún poder extranjero. Lawrence, quien tenía una visión más cercana al soldado de a pie, no al oficial, y quien afirmaba conocer Afganistán y a sus habitantes, era consciente del odio que éstos profesaban a los británicos después de lo ocurrido en la Primera Guerra Anglo-afgana. el hecho de que los rusos pudieran ocupar Afganistán y avanzar sobre la India no le preocupaba:

“En ese caso, que sufran las marchas largas y agotadoras que hay entre el Oxus y el Indo; que se pongan en camino por países pobres y difíciles, entre una población fanática y valiente, donde en muchos lugares, cada milla puede convertirse en una posición defendible; entonces toparán con el conflicto del que dependerá la suerte de la India, agotados, con una infantería exhausta, una caballería desarticulada y una artillería deteriorada”.<sup>117</sup>

Pero los años sesenta dieron paso a los setenta y las opiniones de Lawrence quedaron ahogadas por la alarma en la Cámara de los Lores sobre el avance de Rusia en Asia Central. También el gobernante afgano en aquel momento, Sher Ali, tercer hijo de Dost Mohamed y al que había sucedido después su muerte en 1863 y de la guerra civil de cinco años de duración que hubo a continuación, contemplaba con creciente preocupación cómo los rusos se hacían en 1873 con el khanato de Jiva y otras provincias, al norte de Afganistán. Pidió ayuda y consejo a los británicos, pero éstos estaban atados al tratado firmado el año anterior con los rusos en el que unos y otros prometían respetar las fronteras septentrionales de Afganistán. Pese a que los ingleses estaban más que interesados en usar a Afganistán como estado tapón, mientras los rusos no cometieran una ofensa a los términos expuestos, ellos no podrían intervenir. La oportunidad se presentaría en 1878. Tras la clausura del Congreso de Berlín, en el que se suponía el fin de la tensión entre Inglaterra y Rusia dentro de Europa, el zar centró toda su atención en Asia Central. En el verano de

---

<sup>116</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 191.

<sup>117</sup> *Op. Cit.* p. 193.

ese mismo año envió una misión diplomática sin invitación a Kabul<sup>118</sup>. Sher Ali, consciente del peligro que suponía aceptar a los rusos en su territorio, trató de detenerlos y no lo consiguió. Los británicos ya tenían la excusa perfecta servida en bandeja de plata.

#### 4.6 La Segunda Guerra Anglo-Afgana

“Rusia quiere la India en primer lugar para situar esa perla tan rica en el espléndido diamante de sus posesiones asiáticas; un perla, para cuya consecución ha tenido que nivelar el camino a través de las estepas más áridas del mundo durante un largo tiempo y a un coste muy alto”<sup>119</sup>, afirmaba el explorador húngaro Vámbéry. Aunque pudiera no ser cierto que la intención rusa fuera conseguir la India como premio, el zar nunca manifestó lo contrario. La escuela de avance inglesa vio sus teorías respaldadas por los movimientos rusos y sus seguidores en la colonia empezaron a hacerse oír. En 1876, Lord Salisbury, secretario de Estado de la India por el partido conservador durante el gobierno de Benjamin Disraeli, encargó al veterano héroe del Gran Motín Bartle Frere que redactara un informe para el virrey Lytton, llegado a la India ese mismo año. Frere, conocido por defender las ideas de Rawlinson<sup>120</sup>, instaba a Lytton a que enviara un ultimátum a Sher Ali en el que se amenazaba al gobernante afgano si no repelía la influencia rusa.

Esta agresividad de la escuela de avance británica no se comprende cuando, en realidad, Sher Ali había buscado desde 1869 el favor de la Corona en un intento por reforzar la política exterior de Afganistán. Su petición era la siguiente: “un tratado formal que le garantizara ayuda en caso de un ataque exterior, un subsidio anual estipulado y el reconocimiento de su hijo menor Abdullá Jan como heredero suyo en vez de su hijo mayor”<sup>121</sup>. Regresó con las manos vacías, ya que en aquel entonces Inglaterra y Rusia habían acordado respetar la integridad territorial de Afganistán y dejar sendas influencias fuera de este belicoso país. Pero la situación cambió en 1874, cuando en la metrópoli los liberales de Gladstone cayeron ante el conservador

---

<sup>118</sup> BAXTER, Craig. *Chapter 1: Historical Setting. The Library of Congress. A country study: Afghanistan* [en línea], Agosto, 2008, [Fecha de consulta: 10 enero 2013] Disponible en: <[<http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2?r?frd/cstdy:@field\(DOCID+af0013\) >](http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2?r?frd/cstdy:@field(DOCID+af0013))>

<sup>119</sup> VÁMBÉRY, Ármin. *Sketches of Central Asia: additional chapters on my travels, adventures, and on the ethnology of Central Asia*. Londres: Wm. H. Allen & Co., 1868. p. 407.

<sup>120</sup> Cfr. Con el subepígrafe anterior.

<sup>121</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 219.



Disraeli, firme defensor de la escuela de avance. Desde Inglaterra se instó al virrey Northbrook a que aumentara las presiones sobre Sher Ali, quien desde la negativa de apoyo que recibió de los británicos se carteaba con los rusos. Northbrook dimitió y el propio Disraeli se ocupó de conseguir que Lord Lytton aceptara el cargo vacante, definiéndolo como un hombre “con ambición, imaginación, un tanto de vanidad y mucha voluntad”<sup>122</sup>.

Haciendo gala de estos atributos, entre los que observamos la falta de alguno que denotara que Lytton podía ser algo más que un instrumento de Salisbury y Disraeli, el virrey anunció a Sher Ali que el Imperio británico concedería las peticiones del gobernador afgano si éste permitía la entrada de oficiales británicos en Afganistán. Para discutir la proposición se reunieron en 1877 un emisario inglés con un ministro del emir en Peshawar. Sher Ali se negó a aceptar los términos por la simple razón de que, si lo hacía, los rusos pedirían introducir también sus propios agentes en el país. En aquel momento se iniciaban las negociaciones del Congreso de Berlín y, en respuesta a unos movimientos británicos en Malta y el estrecho de Dardanelos, los rusos entraron en acción enviando una misión militar a Kabul bajo el mando del comandante general Nikolai Stolietov. Sher Ali era consciente de que aceptarlos supondría un grave problema; les comunicó que no podría garantizar su seguridad y que si continuaban su marcha hacia la capital, se negaría a recibirlos. Los rusos continuaron y finalmente Sher Ali tuvo que acogerlos, aunque pronto recibieron la orden de retirarse dado que Inglaterra y Rusia habían resuelto sus diferencias en el Congreso de Berlín. Pero Stolietov se tomó esta orden con calma, alargando la retirada y, Lytton vio en aquella acción la excusa perfecta para encender la chispa del conflicto: si Sher Ali no recibía al enviado británico, el virrey ordenaría la invasión. Así, una misión británica partió en dirección a Kabul bajo el mando del general sir Neville Chamberlain, veterano de la Primera Guerra Afgana, esperando ser recibida por el emir. Disraeli vio cómo sus peticiones de calma y paciencia enviadas desde Inglaterra eran ignoradas por la ambición, originalmente alabada, de Lord Lytton.

La misión inglesa tenía que acceder a Afganistán por la ruta de Kandahar, como se le ordenó a Lytton desde Inglaterra; sin embargo, el virrey decidió forzar la entrada por el paso Jyver y, naturalmente, los afganos, que no tenían noticia de que los británicos tuvieran que pasar por allí, les negaron el paso. Lytton reclamó la declaración de guerra al instante. En la reunión de gabinete que convocó Disraeli

---

<sup>122</sup> *Op. Cit.* p. 216.

nadie veía razón convincente para iniciar una invasión y, por ello, se le dio la oportunidad a Sher Ali de aceptar la misión británica y disculparse con Chamberlain. Todo ello con la fecha límite del 20 de noviembre de 1878. Los acontecimientos se precipitaron y la otra facción del *Gran Juego* no tardó en intervenir, aconsejando a Sher Ali que esperara antes de ceder ante los ingleses porque cabía la posibilidad de que pudieran ayudarlo. El infortunio quiso que el hijo preferido del emir falleciera en esas mismas fechas, dejando al gobernante hundido en la pena. Cuando los rusos le comunicaron que no podían ayudarlo, Sher Ali envió un mensaje para hacer las paces con Gran Bretaña. Su notificación llegó tarde: el 20 de noviembre unos 30.000 hombres atacaron Afganistán por tres zonas diferentes y avanzaron sin casi resistencia por parte afgana. Alarmado, Sher Ali pensó en pedir ayuda directa al zar y logró alcanzar la frontera con Rusia; sin embargo, no pudo ni pisar el territorio, ya que los rusos le negaron la entrada. Sher Ali murió en febrero de 1879, después de haber sido humillado por ambas potencias europeas.

Como si de un ciclo se tratara, el *Gran Juego* volvía a ensañarse con Afganistán, un país que parecía destinado a ser usado intermitentemente en beneficio de rusos o ingleses; sus gentes sometidas a poderes extranjeros que no comprendían la naturaleza de sus costumbres y tradiciones; sus fronteras atacadas y modificadas, y sus pocos recursos arrebatados. Al igual que Dost Mohamed, Sher Ali había buscado la amistad y ayuda británicas, pero queriendo evitar que le impusieran un tipo de dominio inconcebible para su pueblo. Y al igual que a su predecesor, “se le imputó lo que hicieron sus acosadores vecinos, se le difamó como malvado y lunático por el pecado de defender el derecho de su país a que lo dejaran en paz”<sup>123</sup>. Tras la muerte de Sher Ali el gobierno británico inició negociaciones con Yakub Kan, el hijo que el emir no deseaba que gobernara. Éste no tuvo más remedio que ceder ante las condiciones de los ingleses y, de este modo, con la firma del Tratado de Gundamak, quedó pactada la entrada de un residente británico, la cesión del control de las relaciones exteriores del país y del Paso del Jyver, así como de los distritos en la frontera, a cambio de un subsidio anual de 60.000 libras.

Finalizada esta primera etapa de la Segunda Guerra Anglo-Afgana, el siguiente paso consistió en asegurar la capital del país. A Kabul fue enviado el comandante sir Pierre Louis Napoleón Cavnari. Pero el júbilo con el que los británicos habían recibido la noticia de la invasión en Calcuta y Gran Bretaña contrastaba con las maldiciones y escupitajos que Cavnari recibía cada vez que se dejaba ver fuera

---

<sup>123</sup> *Op. Cit.* p. 227.

del patio amurallado en el que se había instalado. Meyer refleja la “total ignorancia o indiferencia” del enviado británico ante los avisos de que se empezaba a avecinar una calamidad<sup>124</sup>. La tensión no tardó en aumentar cuando seis regimientos afganos procedentes de Herat llegaron a la ciudad exigiendo la paga que no se les había concedido desde hacía semanas. Cavagnari podía haber solucionado el problema pagando él mismo a los amotinados y no lo hizo, argumentando que el emir debía empezar a sostenerse sin la ayuda continua de los británicos. El 3 de septiembre los amotinados atacaron la residencia del comandante y, en la batalla campal que se organizó en el edificio, Cavagnari y todos los que con él estaban murieron, además de 600 hombres en el bando de los de Herat.

Dos días después Lytton recibió la noticia de lo sucedido e inmediatamente autorizó una ofensiva a cargo del general Roberts. El orgullo del virrey no le permitía ver sus propios errores ni reconocerlos ni, por descontado, pedir disculpas por ellos. Roberts fue enviado a Kabul en octubre de 1879 para iniciar una *limpieza* de rebeldes. Yakub Kan, temeroso de que su final fuera el mismo que el de Sha Shuja en la Primera Guerra Anglo-Afgana, abdicó y en la misma sala de audiencias el general prometió recompensas a quienes señalaran a los culpables de lo sucedido a Cavagnari, animado por las órdenes de Lytton, quien en la directriz enviada recordaba a los soldados británicos que lo que debían administrar en Kabul “no es *justicia* en el sentido ordinario, sino *castigo*”<sup>125</sup>. Este reinado del terror finalizó en 1880, cuando en Inglaterra volvió a ganar el Partido Liberal de Gladstone. Roberts supo hábilmente percatarse del cambio que se avecinaba y concedió una amnistía en diciembre del año anterior. La decisión no fue suficiente para aplacar a los afganos y 10.000 guerreros de las tribus del país atacaron la residencia del general.

Temiendo un desastre similar al de la Primera Guerra Anglo-Afgana, las tropas británicas decidieron retirarse de Kabul, pero no podían dejar un vacío de poder en el trono. En enero de 1880 llegó su solución encarnada en un nuevo pretendiente al trono afgano que cruzó la frontera desde Rusia. Abdur Rahman era nieto de Dost Mohamed y había vivido en territorio ruso durante once años. Apareció en el momento adecuado; los ingleses se aferraron a él como la respuesta a sus problemas y lo alzaron al trono de Afganistán como nuevo emir. Rahman aceptó la pérdida de territorio pero no permitió la presencia de un residente británico en Afganistán. La guerra acabó un año después cuando Roberts liberó del acoso de

---

<sup>124</sup> *Op. Cit.* p. 231.

<sup>125</sup> *Op. Cit.* p. 235.

Ayub Kan, gobernante de Herat, a los británicos que habían quedado aislados en Kandahar.

#### 4.7 Acontecimientos posteriores a 1881

Si algo puede decirse con seguridad de la Segunda Guerra Anglo-Afgana es que supuso una sangría económica para los británicos y las arcas de la colonia india. En vez de los previstos £5 millones costó £19,5 millones, todo ello sin incluir las 395.000 rupias pagadas al emir, y la suma adicional de 50,000 rupias que se le concedió al mes durante seis meses<sup>126</sup>. También en pérdida de vidas los números fueron grandes para el Imperio inglés: 40.000 bajas, entre las que se debe incluir miles de personas civiles que acompañaban a los ejércitos. Una frase del investigador británico militar Edgar O'Ballance hace un balance muy acertado de lo ocurrido: "The real winners of this war were the breech-loading Martini and Snider rifles, and the disciplined direction under which they were employed"<sup>127</sup>. También el general Roberts, el único cuya reputación pareció salir beneficiada gracias a la guerra, sacó sus propias conclusiones en 1880:

Tal vez no resulte muy halagador para nuestro *amour propre*, pero estoy seguro de tener razón cuando digo que cuanto menos nos vean los afganos, menos les molestaremos. Si, en los próximos años, Rusia tratara de conquistar Afganistán o invadir la India a través de él, tendríamos más opciones de atraer a los afganos hacia nuestros intereses si evitáramos toda interferencia con ellos mientras tanto [...] Cuanto más larga y más difícil sea la línea de comunicación, mayores serán los obstáculos que Rusia tenga que superar<sup>128</sup>.

Estuvieran de acuerdo o no Inglaterra y Rusia con el general Roberts, lo cierto es que durante los veinte años siguientes el emir Abdur Rahman pudo gobernar Afganistán con cierta libertad, a pesar de los conflictos surgidos al poco tiempo con estas potencias por definir las fronteras del país; en especial se tuvo en cuenta la frontera septentrional, que interesaba a los rusos, y la que lindaba con la India, vital según los británicos para la seguridad de la colonia. El Emir de Hierro, nombre que aludía a la violencia con la que el gobernante castigaba a sus opositores políticos, demostró ser un líder inteligente y capaz de mantener a las tribus concentradas en un estado. Aunque tuvo que aceptar algunas que otras directrices impuestas por los

---

<sup>126</sup> ADAMEC, Ludwig W. *The A to Z of Afghan Wars, Revolutions and Insurgencies*. Plymouth: Scarecrow Press, 2005. p. 279.

<sup>127</sup> *Ibid.*

<sup>128</sup> MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008. p. 238.

británicos debido a su política de tratar a Afganistán como estado tapón, la misión de instaurar un modelo de estado moderno recayó sobre sus hombros y la cumplió con un considerable éxito.

Para ello, Abdur Rahman, en una reinterpretación del dicho “divide y vencerás”, acabó con el bastión de las tribus pastunes obligándolas a dejar sus tierras y trasladándolas a otras zonas del país. Así, los ghilzai, sus más poderosos enemigos, y otras tribus pasaron de habitar el sur y centro-sur de Afganistán a ocupar áreas al norte del Hindu Kush, donde predominaba la población no pastún<sup>129</sup>. Como herramienta para consolidar la cohesión del país, el emir creó la figura de los gobernadores provinciales, los cuales ejercían sus competencias sobre nuevas unidades de territorio que modificaban los límites tribales hasta entonces vigentes. De este modo, el poder de clanes y tribus fue lentamente diluyéndose para pasar a estos gobernadores sobre los que Abdur Rahman ejercía una constante vigilancia gracias a otra de sus implantaciones: un efectivo sistema de inteligencia<sup>130</sup>.

El Emir de Hierro falleció en 1901 y su hijo Habibullah ocupó su lugar inmediatamente, sin que mediaran guerras civiles de por medio, lo que otorga otra muestra del cuidado que puso Abdur Rahman para que el poder concentrado no volviera a desfragmentarse por luchas tribales. El reinado de Habibullah no fue de hierro como el de su padre; con el estado moderno de Afganistán en pleno funcionamiento, el nuevo emir se inclinó por desarrollar los campos de la educación y la diplomacia. Entre sus reformas más relevantes se pueden identificar la contratación de religiosos en los niveles elementales y profesores afganos y extranjeros en secundaria. Además, señala el destacado académico Ludwig W. Adamec, “he also permitted publication of a modern newspaper, the *Siraj al-Akhbar*, edited by Sardar Mahmud Tarzi, which became quickly an important organ expressing Afghan nationalist sentiments and solidarity with the Islamic world”<sup>131</sup>.

Del reinado de Habibullah destacan tres escollos importantes. El primero se dio cuando los británicos quisieron aprovechar el hecho de que un nuevo emir ocupaba el trono para renegociar condiciones que se habían pactado con Abdur Rahman y

---

<sup>129</sup> BAXTER, Craig. *Chapter 1: Historical Setting. The Library of Congress. A country study: Afghanistan* [en línea], Agosto, 2008, [Fecha de consulta: 10 enero 2013] Disponible en: <[http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2?r?frd/cstdy:@field\(DOCID+af0014\)>](http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2?r?frd/cstdy:@field(DOCID+af0014)>)

<sup>130</sup> *Ibid.*

<sup>131</sup> ADAMEC, Ludwig W. *The A to Z of Afghan Wars, Revolutions and Insurgencies*. Plymouth: Scarecrow Press, 2005. p. 13.

que deseaban modificar para su beneficio. Las presiones llevaron a que el gobernante afgano accediera a verse con el secretario de relaciones exteriores del gobierno de la India en diciembre de 1904. Pero el británico Louis W. Dane regresó con las manos vacías, ya que Habibullah consiguió la renovación de los términos que había pactado su padre sin ninguna modificación, así como el reconocimiento de su título de “Rey Independiente de Afganistán y sus dominios”<sup>132</sup>. El segundo hecho, también considerado como un acontecimiento que marca un primer final del Gran Juego, fue la Entente anglo-rusa de 1907. Aquí el emir no salió beneficiado, pues el acuerdo, pese a versar sobre Afganistán, fue alcanzado por las dos potencias sin que en ningún momento consultaran al país afectado. En este acuerdo ambos contendientes del *Gran Juego* delimitaron sus esferas de influencia sobre el país de Habibullah; los rusos deberían informar directamente a Inglaterra cuando quisieran tratar asuntos con Afganistán y, por su parte, los británicos se comprometían a no ocupar ni anexarse ningún territorio afgano, así como tampoco interferirían en los asuntos internos del país<sup>133</sup>.

En tercer lugar encontramos el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 como hecho que desencadenó otra crisis en las relaciones exteriores de Afganistán. El país se mantuvo aparentemente neutral pese a las presiones de Turquía para que se uniera a la causa alemana. Sin embargo, en 1915 el emir recibió a una misión germano-turca en Kabul que le prometió apoyo armamentístico y una gran cantidad de dinero a cambio de que atacara a la India británica. Qué sorpresa descubrir que las potencias europeas no eran las únicas que sabían jugar al *Gran Juego*; hábilmente, Habibullah había pactado a la vez con los británicos, prometiendo neutralidad y protección de la India en caso de un posible ataque de sus enemigos a cambio de que el Imperio británico devolviera el control de las relaciones exteriores de Afganistán al emir. Sin embargo, la neutralidad de Afganistán en la Primera Guerra Mundial no sirvió para que Inglaterra reconociera la independencia del país centroasiático sino que, al contrario, el gobierno de Londres pretendía seguir ejerciendo control sobre sus asuntos. Culpando a Habibullah de esta situación, sus opositores lo asesinaron el 20 de febrero de 1919 durante un viaje para cazar.

---

<sup>132</sup> ADAMEC, Ludwig W. *The A to Z of Afghan Wars, Revolutions and Insurgencies*. Plymouth: Scarecrow Press, 2005. p. 13.

<sup>133</sup> BAXTER, Craig. *Chapter 1: Historical Setting. The Library of Congress. A country study: Afghanistan* [en línea], Agosto, 2008, [Fecha de consulta: 10 enero 2013] Disponible en: <[http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field\(DOCID+af0016\)>](http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field(DOCID+af0016)>)

#### 4.8 La Tercera Guerra Anglo-Afgana

La sucesión del trono afgano pasó al tercer hijo de Habibullah, Amanullah, quien reinaría hasta 1929. Su llegada al poder coincidió con la ruptura del acuerdo o la entente anglo-rusa de 1907 después de que la revolución bolchevique derrocaria al zar Nicolás II, provocando la desaparición de la dinastía Romanov. “De nuevo Afganistán proporcionaba un escenario en el que las grandes potencias desplegaban sus planes unas contra otras”<sup>134</sup>, aunque esta vez la diferencia estribaba en que el emir no se resignó a esperar cuál era el resultado de los tratos entre las dos potencias, sino que tomó la iniciativa y durante una audiencia real en abril de 1919 anunció a los dignatarios allí reunidos, entre ellos también un agente británico, su intención de no plegarse ante los deseos de los extranjeros:

Me declaro y declaro a mi país totalmente libre, autónomo e independiente tanto interna como externamente. Mi país será en lo sucesivo un estado tan independiente como lo son los otros estados y poderes del mundo. Ningún poder extranjero podrá tener ni un pelo de derecho para interferir interna y externamente con los asuntos de Afganistán, y si alguna lo hace estoy dispuesto a cortar su garganta con esta espada.<sup>135</sup>

Poco después Amanullah apoyó sus beligerantes palabras con acciones militares cuando decidió atacar a los británicos en mayo de 1919. Los ataques tomaron por sorpresa al león británico y el éxito afgano fue aún mayor cuando los guerreros pastunes que habitaban a ambos lados de la frontera con la India se unieron a la causa del emir. Por su parte, Inglaterra autorizó la invasión y ocupación de la ciudad de Jalalabad. Las escaramuzas acabaron cuando, recuperados del susto inicial, los británicos propusieron un armisticio por miedo a las repercusiones que pudiera tener en el mundo islámico el ataque a un estado musulmán. Además, Gran Bretaña aún se estaba recuperando de los efectos de la Primera Guerra Mundial por lo que el alivio fue evidente cuando se supo que Amanullah estaba dispuesto a negociar. De este modo, se declaró un alto al fuego el 3 de junio de ese mismo año y una delegación afgana llegó a Rawalpindi el 25 de julio para iniciar las negociaciones de paz. La principal conclusión del Tratado Anglo-Afgano de 1919 fue la declaración británica de “dejar Afganistán oficialmente libre e independiente en sus asuntos

---

<sup>134</sup> BAXTER, Craig. *Chapter 1: Historical Setting. The Library of Congress. A country study: Afghanistan* [en línea], Agosto, 2008, [Fecha de consulta: 10 enero 2013] Disponible en: <[http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field\(DOCID+af0017\)>](http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field(DOCID+af0017)>)

<sup>135</sup> ADAMEC, Ludwig W. *The A to Z of Afghan Wars, Revolutions and Insurgencies*. Plymouth: Scarecrow Press, 2005. p. 14.

internos y externos”<sup>136</sup>. La conclusión de esta corta guerra elevó a Amanullah a la categoría de héroe nacional y en los sucesivos años de reinado el emir emprendió reformas para modernizar y desarrollar el país. De esta manera, Afganistán, la pieza clave de la lucha entre Inglaterra y Rusia, había encontrado por fin su propio destino, en el que no estaba contemplado aceptar ningún tipo de control o influencia externos, y ponía un definitivo punto y final al primer, pero no último, *Gran Juego* entre potencias internacionales en el tablero de Asia Central.

---

<sup>136</sup>ADAMEC, Ludwig W. *The A to Z of Afghan Wars, Revolutions and Insurgencies*. Plymouth: Scarecrow Press, 2005. p. 16.



## Conclusiones

Cuando la historia habla de guerras siempre se ha sobreentendido la existencia de un vencedor y un vencido. El ganador acostumbra a llevarse la gloria, impone sus condiciones y redacta la versión de los hechos que mayor probabilidad tiene de engrosar enciclopedias y libros de historia. Humillado, el derrotado acepta lo que se le ha impuesto y suele guardar el rencor con vistas a una oportunidad de resarcir su orgullo. He aquí un patrón reconocible y recurrente en la línea del tiempo de la humanidad. Sin embargo, este no es un esquema aplicable de forma directa al *Gran Juego*. En el mayor conflicto acontecido en Asia Central durante el siglo XIX entre Rusia e Inglaterra no hubo vencedor ni vencido, al menos no de forma absoluta o global, sino que se produjo una situación en la que ambas potencias mantuvieron una tensión que en ocasiones favorecía a una y, al cabo de un tiempo, podía favorecer a la otra.

En lo que respecta al Imperio ruso, es cierto que se extendió de forma constante desde que se inició el siglo XIX, ocupando progresivamente las zonas situadas al sur de su territorio como son las actuales Kazajistán, Turkmenistán o Uzbekistán y las provincias de la época que lindaban con el mar Caspio o el mar de Aral. También, con mayor o menor acierto, los sucesivos zares formaron alianzas, bien con otras potencias europeas, como Francia, o bien con reinos influyentes en el Medio Oriente como el caso de Persia. Si, por otro lado, nos preguntamos por su ambición de buscar salida al Mediterráneo, la respuesta es que Rusia fracasó. Sin embargo, hablar de fracaso con mayúsculas para el Imperio ruso es hablar de la India y de cómo nunca fue capaz de arrebatársela a Gran Bretaña. La península del Hindostán era un tesoro codiciado por los zares desde Pedro I el Grande. No importó el número de veces que los rusos intentaran de forma más o menos directa conseguir el que se contemplaba como premio del *Gran Juego*, ya que los británicos supieron mantenerla a salvo de sus ambiciones.

El Imperio británico, y más concretamente el de la era victoriana, ostentaba la India como la joya de la Corona. Un territorio rico en recursos, con abundante mano de obra indígena y perfecto para el comercio que casi siempre creía verse amenazado por la sombra rusa. Los ingleses se afanaron en tratar de reducir esta amenaza y obtuvieron los catastróficos resultados de las guerras anglo-afgas. Así que allí donde triunfaron en mantener la India como objeto de su propiedad, fracasaron a la hora de impedir la extensión de la influencia rusa y de conseguir el control sobre

Afganistán o la llave de su seguridad y tranquilidad en Asia Central. A ello se le pueden sumar las pequeñas grietas que no cesaban de aparecer dentro de las propias fronteras de la India, como la Rebelión de los Cipayos, que cuestionaban la forma de gobierno y de administración que los colonizadores ejercían sobre la población autóctona, llegando a la indiferencia y hasta el desprecio de sus usos y costumbres.

También para rusos e ingleses el precio de la pérdida de vidas a lo largo del casi un siglo que duró el *Gran Juego* fue demasiado alto. Las belicosas tribus del centro de Asia demostraron una resistencia formidable a los envites de ambas potencias, ya fueran físicos, a través del uso de tropas o monetarios, con la concesión de sobornos continuos. De aquí se desprende también que las campañas militares que se dieron por el territorio asiático y las inversiones realizadas en infraestructuras supusieron un enorme gasto de dinero para las arcas de Inglaterra y Rusia que, en el caso de la primera potencia, siempre constituiría un tema de debate abierto desde Londres. Así pues, queda demostrado que en el *Gran Juego* entre ambos gigantes europeos no hubo un vencedor único, como tampoco hubo un vencido claro, sino que la alternancia fue continua.

Como segundo aspecto a destacar dentro del *Gran Juego* conviene hablar del uso y manejo que los europeos hicieron de las naciones centroasiáticas y de sus habitantes. La analogía con una partida de ajedrez se ajusta a la perfección porque ambos jugadores hicieron cuanto estuvo en su mano por ganar al otro, aunque ello implicara el sacrificio de piezas del juego. Los emires de Afganistán bien pudieron dar fe de ello cuando se les impuso una política exterior que no era la suya, como también pudieron hacerlo los príncipes indios a los que los ingleses fueron arrebatando su poder y plegando a los métodos europeos de gobierno. Si bien los británicos introdujeron avances tecnológicos, sanitarios y educativos, entre otros, lo hicieron muchas veces desde una mentalidad de colonizadores y con poca delicadeza. El recuerdo de la opresión extranjera y de los malos tratos recibidos, del desprecio de sus tradiciones, quedaría grabado en la conciencia colectiva de estos pueblos asiáticos y aún hoy, como sucede en Afganistán, se aprecian reminiscencias de este pasado.

Por último, quedan mencionar las peculiares características del modelo de enfrentamiento observado en el *Gran Juego*. Rusia e Inglaterra, a excepción de la poco relevante Guerra de Crimea, jamás se enfrentaron directamente en el centro de Asia. Para resolver sus diferencias usaban a terceros países donde desplegaban

sus tropas, traficaban con influencias, enviaban a exploradores, agentes o, quizá mejor llamados, espías. Misiones secretas dedicadas a encontrar el punto débil de uno u otro gobernante, el estudio de la geografía y la elaboración de mapas o la redacción de informes antropológicos sobre las tribus, clanes y habitantes de Asia Central eran tácticas que los europeos empezaron a poner en práctica en estas zonas. La sofisticación de todas estas técnicas implementadas en el *Gran Juego* servirían de modelo para conflictos del siglo XX, en especial para el que conocemos bajo el nombre de Guerra Fría, y aún hoy en el siglo XXI, donde las guerras no se libran en Occidente, sino en los países donde existe una falta de una estructura democrática o ésta es corrupta, y guerras que se pueden llegar a dirimir dentro de los propios servicios de inteligencia, sin que lleguen a desplegarse efectivos reales. En efecto, las consecuencias del *Gran Juego* pueden apreciarse todavía, lo que nos lleva a deducir que este modelo de conflicto sigue aplicándose, sigue en activo; y participe quien participe o se produzca donde se produzca, en una guerra como esta ningún contendiente gana y, a la vez, todos tienen mucho que perder.



## Bibliografía

### 1. Bibliografía básica:

- BAXTER, Craig. *Chapter 1: Historical Setting. The Library of Congress. A country study: Afghanistan* [en línea], Agosto, 2008. [Fecha de consulta: 10 enero 2013]. Disponible en: <[http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field\(DOCID+af0011\)>](http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query2/r?frd/cstdy:@field(DOCID+af0011)>)
- BURK, Kathleen. *The Great Game: Imperial Rivalry between Britain and Russia in the 19th Century. The East-West Review. Journal of the Great Britain-Russia Society* [en línea]. Invierno, 2007, no. 16. [Fecha de consulta: 10 enero 2013]. Disponible en: <[http://eastwestreview.org/images/stories/2007winter/East-West\\_Review\\_Winter\\_2007.pdf](http://eastwestreview.org/images/stories/2007winter/East-West_Review_Winter_2007.pdf)>
- DUBOIS DE JANCINGNY, Adolphe. *Historia de la India*. Barcelona: Imprenta del Imparcial, 1845.
- GOMÀ, Daniel. *Historia de Afganistán. De los orígenes del Estado afgano a la caída del régimen talibán*. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona, 2011.
- MEYER, Karl E., BRYSAK, Shareen B. *Torneo de sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. Barcelona: RBA, 2008.
- PIPES, Richard E. Transcript of the lecture *Russia's Politics in the Light of Her History*. En: The Great Britain-Russia Society (2007: Londres, Reino Unido).

### 2. Obras complementarias:

- ADAMEC, Ludwig W. *The A to Z of Afghan Wars, Revolutions and Insurgencies*. Plymouth: Scarecrow Press, 2005.
- BALTAR RODRÍGUEZ, Enrique. *Afganistán y la geopolítica internacional: de la intervención soviética a la guerra contra el terrorismo*. México: Plaza y Valdés, 2003.

- BECKER, Seymour. *Russia's Protectorates in Central Asia: Bukhara and Khiva, 1865-1924 Volumen 54 de Russian Research Center studies. Central Asian Studies Series*, 5. London: Psychology Press, 2004.
- BIENZOBAS, Enrique. *Rusia en el siglo XIX. Volumen 12 de Historia del mundo contemporáneo*. 2ª ed. Madrid: Ediciones Akal, 1994.
- BOWEN, Huw V., LINCOLN, Margarete, RIGBY, Nigel. *The Worlds of the East India Company*. Woodbridge: The Boydell Press, 2002.
- COMELLAS, José Luis. *Historia breve del Mundo Contemporáneo: 1776-1945*. 3ª ed. Madrid: Rialp, 2002.
- DEL CANTILLO, Alejandro. *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias estrajeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón*. Madrid: Imprenta de Alegría y Charlain, 1843.
- FORBES, Archibald. *The Afghan wars: 1839-42 and 1878-80*. Nueva York: Cosimo, Inc., 2010.
- GARCÍA HERNÁN, David. *Historia Universal: XXI capítulos fundamentales*. Madrid: Sílex, 2007.
- HOPKIRK, Peter. *The Great Game*. London: John Murray, 1990.
- KINDER, Hermann, HILGEMANN, Werner, DIETERICH, Anton. *Atlas histórico mundial. Vol. II, De la Revolución francesa a nuestros días*. 7ª ed. Madrid: Istmo, 1978.
- URQUHART, David, TEMPLE PALMERSTON, Viscount Henry John. *Diplomatic transactions in Central Asia, from 1834 to 1839*. London: T. Brettel, 1841.
- VÁMBÉRY, Ármin. *Sketches of Central Asia: additional chapters on my travels, adventures, and on the ethnology of Central Asia*. Londres: Wm. H. Allen & Co., 1868.

- VICENS VIVES, Jaume. *Tratado general de geopolítica*. Barcelona: Teide, 1956.
- WILKINSON-LATHAM, Robert. *North West Frontier 1837-1947*. Gran Bretaña: Osprey Publishing, 2005.

